



AGUACERO TEXTUAL

MUSEO DE SITIO CASTILLO DE NIEBLA

VOL.3

REVISTA AGUACERO TEXTUAL

Edición especial

REVISTA AGUACERO TEXTUAL V.3

ISSN 2735-6434

MINISTRO DE LAS CULTURAS, LAS ARTES Y PATRIMONIO

Jaime de Aguirre Höffa

SUBSECRETARIA DEL PATRIMONIO CULTURAL

Carolina Pérez Dattari

DIRECTORA NACIONAL DEL SERVICIO NACIONAL

DEL PATRIMONIO CULTURAL

Nélida Pozo Kudo

DIRECTORA REGIONAL (S) DE LOS RIOS

Florencia Aninat Urrejola

DIRECTOR MUSEO DE SITIO CASTILLO DE NIEBLA

Gonzalo Aravena Hermosilla

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

www.museodeniebla.gob.cl

ÍNDICE

El tercer Aguacero

por Gonzalo Aravena Hermosilla 4

Redes de comercio y circulación de imágenes en el Museo de Sitio Castillo de Niebla: la loza con decoración por transferencia del largo siglo XIX

por Julieta Frère 6

Amargos

por Juan Navarrete Espinoza 18

Rescate de las memorias históricas marcadas por el cataclismo de 1960 en la cuenca del río Valdivia.

por Héctor Olivares, Juan Carlos Muñoz,
Carla Contreras y Katherine Correa 28

El Terremoto Olvidado de Valdivia (13 de Junio de 1907)

por Luis Berger Venegas 38

Conversaciones con don Manuel Pechuam

por Tomás Catepillan 48

El Tercer aguacero

Por tercer año consecutivo el Aguacero se prepara para escurrir río arriba y conmemorar un nuevo aniversario del Museo de Sitio Castillo de Niebla. A treinta años de aquel primero de febrero de 1993, el tercer número de esta revista vuelve a mirar el territorio desde dentro, a pensar y reflexionar el habitar entre ríos, entre aguas, entre letras.

Conquistada Valdivia por el ejército republicano, los castillos del estuario fueron abandonados, suelen decir. La historia posterior a ese episodio se ralentizó y, cuando dejó de ondear el emblema del Rey, decayó también la ocupación del territorio, sostuvieron algunos. El siglo diecinueve pareció entonces un vacío. Pero... nada más lejos. Las huellas arqueológicas lo confirman. Julieta Frere, en un acucioso estudio a las lozas encontradas en excavaciones arqueológicas al interior del Castillo de Niebla, presentó en esta entrega que dichos materiales pertenecieron a un espacio de tiempo acotado que justamente se instaló en ese silencio antes descrito. Las etapas de ocupación reflejaron los diversos significados que estos espacios tuvieron con posterioridad a su uso militar. La abundante presencia cerámica acotada a ese determinado espacio temporal, sería entonces una clave y evidencia de una ocupación permanente y posterior, incluso después de 1820.

El sistema de fortificaciones al cual perteneció el Castillo de Niebla tenía un

complejo funcionamiento en el cual unos de sus principales complementos era el Castillo San Luis de Alba en Amargos. Con Amargos, Niebla estaba llamado a cruzar fuegos. Y si Niebla debía su nombre a uno de los primeros habitantes europeos del territorio, el señor Francisco de Niebla, funcionario de la Real Caja de Hacienda de Valdivia allá por 1565, Amargos tenía un origen mucho más particular. De ese y otros asuntos nos apela el texto de Juan Navarrete Espinoza, quien, con agudeza y especial prosa, invita a pensar en Amargos, en aquellos antiguos manzanos silvestres que dieron nombre a ese lugar.

Pero el aguacero de este año no solo apela a los castillos, también invita a reflexionar sobre la tierra. Mañana baja el Riñihue. Mañana se nos inunda Valdivia. Hoy se viene el riñihuaso. ¿No me cree? Que le digo que hoy se viene. Folilco, Pishuinco, Antilhue, Huellehue, Collico... todo quedará lleno de agua. En una seguidilla de rumores y confusiones, habitantes mantuvieron vilo por varias semanas tras el terremoto de 1960, esperando el anunciado desbloqueo del Lago Riñihue que bajaría con furia hasta el mar, arrasando con todo a su paso. El gran evento telúrico reportó historias, enseñanzas y memorias, todas necesarias para comprender nuestro habitar. Héctor Olivares, Juan Carlos Muñoz, Carla Contreras y Katherine Correa permiten recorrer trazos de esos caminos del agua y particularmente desde las voces de quienes estuvieron en ese

sufrido invierno, presentarnos cuánto les marcó ese significativo momento histórico.

Los desastres naturales parecen ser una constante en la historia de esta fluvialidad. Luis Berger nos lo recuerda llamando la atención sobre otro sismo, cincuenta y tres años antes, y dos años previos al gran incendio de 1909. La ciudad y los habitantes de Valdivia fueron esa vez despertados con grandes movimientos telúricos, sacudiendo y destruyendo principales edificaciones. En un contexto de significativa proliferación de industrias, curtiembre y destilerías, la ciudad se movió y como tantas veces, puso en su lugar la fragilidad de la ocupación. En Valdivia manda el río, el agua y también la tierra. Los relatos de la prensa son para Berger el principal documento con el cual nos cuenta de las semanas posteriores al terremoto y cuánto afectó su dimensión en la trama urbana de la ciudad.

Finalmente, en una especie de coda musical, aguacero se despidе con la publicación de un manuscrito inédito sobre una anécdota en el vecino territorio chilote. Tomás Catepillan provoca con un entretenido documento de finales del siglo diecinueve donde un antropólogo santiaguino saca a relucir voces de un indígena chilote ¿Qué sentirá una persona que se come cinco kilos de papas crudas? ¿Por qué filipinos, guayaquileños, mexicanos y rancagüinos terminan comiendo curantos en archipiélagos australes? ¿Qué es eso de “hacerse mapuche”? Corre este Aguacero con un divertido y excéntrico relato sobre el entramado social austral de fines del siglo antepasado.

La fortaleza de Niebla recibe visitantes como museo de sitio desde hace treinta años. Nené Gonzalez, querida exfuncionaria de la Subdirección Nacional de Museos presentaba entonces al nuevo museo como un monumento nacional, ubicado en Valdivia, restaurado y alhajado con fondos españoles del “Quinto Centenario del Descubrimiento de América”, bajo la dirección de Gabriel Guarda OSB y Amaya Irarrázaval, inaugurándose el día 1 de febrero de 1993. Y desde aquí, treinta años después, con la misma ilusión de entonces, corre río arriba un tercer Aguacero para continuar creando comunidad entre ríos, entre aguas, entre letras.

Gonzalo Aravena Hermosilla

Redes de comercio y circulación de imágenes en el Museo de Sitio Castillo de Niebla: la loza con decoración por transferencia del largo siglo XIX

por Julieta Frère

Arqueóloga (Universidad de Buenos Aires), Magister en Arqueología Náutica y Subacuática (Universidad de Cádiz). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) – Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). Argentina.

julieta.frere@gmail.com

1. Introducción

Una serie de fortificaciones se despliegan a lo largo del estuario de los ríos Valdivia y Cruces: un sistema defensivo emplazado en 1645 por España, que intentaba proteger la zona tras una avanzada holandesa en el territorio. Entre ellos, el castillo de la Pura y Limpia Concepción de Monforte de Lemos ubicado en la Punta de Niebla, también conocido como Castillo de Niebla. Este fuerte presenta una larga historia de ocupación y diversas fases constructivas desde tiempos prehispánicos, incluyendo modificaciones estructurales a partir del siglo XVII (Guarda, 1990; Aguilera, 1994; Urbina, 2018). En 1820, el británico Lord Thomas Cochrane invadió las fortificaciones de Valdivia, en el marco de la profundización del proceso de independencia nacional. Así, el Castillo de Niebla pasó bajo el control de Chile.

A partir de este momento, se inicia un periodo de “abandono y cambio funcional” (Urbina, 2018, p. 4). El espacio empezó a funcionar ocasionalmente como establecimiento militar de bajo rango y, en la década de 1830, como depósito (Hermosilla et al., 2009). También fue empleado como desembarcadero y alojamiento provisorio para inmigrantes, principalmente alemanes que llegaron a partir de mediados del siglo XIX, uso que también se registra en el cercano Castillo de Corral. A fines del mismo siglo, se establecen hoteles y villas veraniegas en el marco del surgimiento de una incipiente burguesía y el área del Castillo funciona como un espacio recreativo (Lema, 2017). El periodo republicano –desde la segunda década del siglo XIX hasta principios del XX– ha sido menos estudiado que etapas previas en la historia chilena. Asimismo, en el año 1820 los datos acerca del Castillo se diluyen (Aguilera, 1994) y se suele asociar con “el ocaso” del Castillo de Niebla, aun cuando la evidencia histórica y arqueológica indica que el mismo se continuó utilizando de diversas formas. Desde su establecimiento como Museo de Sitio se llevaron a cabo trabajos arqueológicos en varias secciones del Castillo de Niebla, que permitieron identificar rasgos

estructurales y recuperar artefactos variados que dan cuenta de la biografía del Castillo (Van Meurs, 1996; Carabias, Simonetti y Ponce, 2009; Hermosilla et al., 2009; Urbina, 2015).

Este trabajo se focaliza en la loza cerámica decorada por transferencia de origen británico, un subcomponente del conjunto total recuperado entre 1992 y 2013. Los fragmentos son caracterizados de acuerdo a sus diseños y patrones, para proceder con la comparación con hallazgos en otros sitios de la región. El objetivo es realizar un aporte al entendimiento de las redes comerciales de loza cerámica entre mediados del siglo XIX y principios del XX y la circulación de este tipo de objetos en el sur de Sudamérica.

2. Antecedentes

En el marco de la expansión industrial europea, productos manufacturados fueron comercializados de forma amplia a lo largo y ancho del globo. Sumado a esto, los procesos de independización de las naciones sudamericanas a principios del siglo XIX, como Argentina y Chile, devinieron en el fin del monopolio comercial español y la apertura a otros mercados. Gran Bretaña se consolidó como protagonista en el desarrollo económico de la región sudamericana y durante el siglo XIX se establece un sistema económico de exportación de materia prima hacia Europa e importación de productos diversos, tales como objetos de vajilla de loza.

La loza se caracteriza por ser opaca y porosa, tras una cocción entre 1000° y 1200°, y además está generalmente recubierta de un esmaltado que impermeabiliza las piezas. Como todo componente cerámico, es uno de los elementos más recuperados en sitios histórico-arqueológicos. Su relevancia como un marcador temporal sensible por ser un elemento tendiente al cambio estilístico ha sido señalada múltiples ocasiones (Barker y

Majewski, 2006). Gaimster (1999) señala que entre los siglos XVI y XVIII, una “revolución cerámica” generó que los objetos elaborados con este material pasen de tener una función utilitaria a transformarse en una commodity social. Mientras que en el siglo XVI predomina la mayólica (ver Cortés Rodríguez, 2022), hacia el siglo XVIII se empiezan a popularizar las piezas de loza refinada provenientes de Staffordshire, Inglaterra. En 1740 la producción de creamware competía con el mercado de la porcelana, y hacia fines del siglo, la producción estandarizada junto con la popularidad y accesibilidad del té (como producto y como acto social) estimularon la demanda de vajilla.

En Chile, los estudios de arqueología histórica enfocados en loza cerámica son escasos (Henríquez Urzúa et al., 2013) y a veces corresponden a literatura gris de acceso discrecional como informes u otros manuscritos (Carabias com.pers., 2022), aunque existen antecedentes valiosos en las zonas de Norte Chico (García-Albarido, Rivera y Lorca, 2009), Rancagua (Henríquez Urzúa et al., 2013) y Valparaíso (Rodríguez, Sepúlveda y Carabias, 2020), además del análisis de marcas de fabricante de la cerámica del Castillo de Niebla realizado por Lema (2017).

Por su parte, la loza conocida como transfer-print ware era lograda a partir de una técnica que surge en el siglo XVIII en Inglaterra en el contexto de las transformaciones de la Revolución Industrial. La estandarización de sus imágenes era lograda a través de un grabado en placas metálicas, principalmente cobre¹. Desde su invención, y por una parte del siglo XIX, este tipo de cerámica constituía la más costosa en comparación de lozas con otra decoración o sin ella (Miller, 1991). Aun así, durante ciertos periodos la saturación de los mercados y descenso de precios acentuaban su consumo, dejando de ser exclusivo para grupos de mayor poder adquisitivo.

3. La loza decorada por transferencia en el Museo de Sitio Castillo de Niebla

El Museo de Sitio Castillo de Niebla alberga, en total, 868 fragmentos de loza blanca y 284 de loza decorada. En este trabajo se analiza una selección de 203 fragmentos con decoración transfer-print, provenientes de los trabajos arqueológicos realizados a lo largo de dos décadas en el sitio. La mayoría proviene de las excavaciones iniciadas en 1992 (alrededor del 71%) y en el resto predominan fragmentos recuperados en 2013 (28%).

Los fragmentos aquí analizados han sido hallados, en su mayoría, en la Estructura 1 (67%). Esta zona presenta una gran recurrencia ocupacional y fue, de acuerdo a planos del siglo XVIII, una zona de cocina (Van Meurs, 1996). Sin embargo, en cada unidad se presentan fragmentos en varios niveles y, en algunos casos, algunos con igual diseño son hallados en niveles distintos. En ese sentido, si bien la estratificación del sitio fue interpretada como homogénea a lo largo de las unidades excavadas (Aguilera, 1994), la interpretación de la distribución estratigráfica precisa de un análisis cabal de los procesos de formación de sitio, lo cual excede los objetivos de este trabajo.

En tanto la loza era decorada a partir de placas de cobre específicas, determinadas ilustraciones o su conjunto (en serie) son conocidas bajo el nombre de un patrón decorativo. A su vez, este a veces está asociado con un fabricante y una cronología en particular. En el Castillo de Niebla se identificaron los siguientes patrones:

1. Las acanaladuras de las placas se llenaban de tinta grasa. Luego, dicho dibujo era transferido a un papel de seda con la ayuda de una prensa, para finalmente ser aplicado a la pieza cocida o bizcocho, previo a un horneado final.

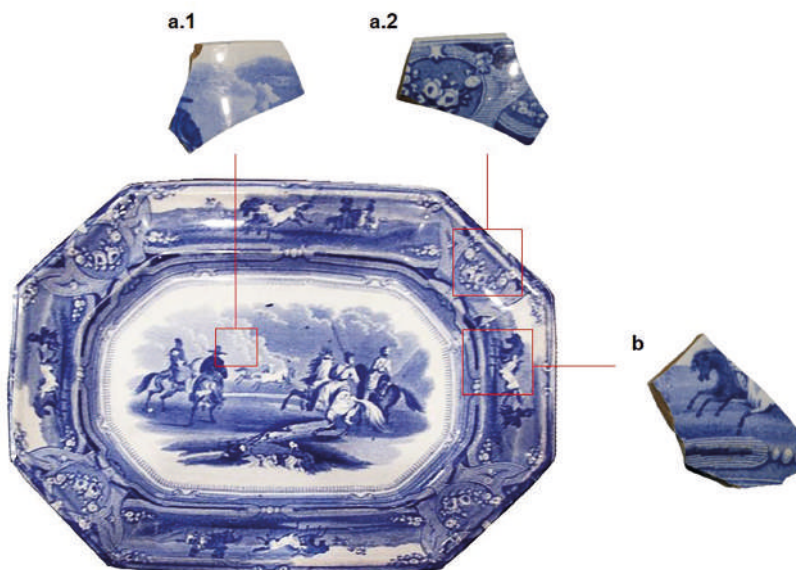


Figura 1: bandeja con diseño Peruvian Horse Hunt #06 (TCC database, 2022). Los fragmentos a.1 y a.2 son los lados de una posible taza o bol, recuperados en 2013 (Museo de Sitio Castillo de Niebla). Imagen: J. Frere 2022.

a) Peruvian Horse Hunt. Su borde se compone de figuras escénicas de hombres montados persiguiendo otros caballos, aparentemente salvajes, acompañados de guirnaldas de rosas y elementos geométricos (Fig. 1). Se reconoce a Anthony Shaw como su fabricante, ceramista radicado en Staffordshire (Inglaterra) entre 1851 y 1900. Este patrón fue hallado también en los sitios PDO-3 (ubicado en Península Mitre, extremo suroriental de Tierra del Fuego, Argentina) y Mineral de Caracoles (en el desierto de Atacama, en la Región de Antofagasta) (García-Albarido, Rivera y Lorca, 2019; Elkin y Frere, 2022). En ambos sitios, además, aparece el patrón fabricado por Anthony Shaw –que no es reconocido en Niebla–, Castannette Dance.

b) Texian Campaigne. El borde presenta a Ceres (la diosa griega de la agricultura) y trofeos de guerra (Fig. 2). Fueron recuperados fragmentos de platos en negro y azul, y de tazas en morado. También se adjudica a Anthony Shaw como productor, a partir de 1853, cuando compró los platos grabados (Williams, 1978).

c) Willow (variación Broseley/Two Temples II).

Willow es uno de los diseños más populares del transfer-print ware, con un pico de popularidad en tiempos victorianos (Coysh y Henrywood, 1982). Fue inicialmente manufacturado por Josiah Spode (1795) como una respuesta a la demanda de servicios de té de China importados a Inglaterra por las clases altas para sus rituales de té (Copeland, 1980). El diseño ya se consideraba estándar entre 1835 y 1845 y era común que consumidores de clases medias accedieran a este –o sus variaciones–, ya que numerosos productores lo fabricaban (Fig. 3).

d) Latin Dancers and Musicians.

De origen y fabricante desconocido, se hallaron varios bordes en azul y negro que corresponden al patrón, aunque ninguno del motivo central. Presentan palmetas, figuras de dos mujeres, una de ellas con un vestido con una falda amplia y un sombrero, además de varias vasijas clásicas. El patrón sólo es conocido en la literatura a partir de la bandeja de ocho lados retratada (Fig. 4), aunque su motivo central es compartido con otros patrones -lo que se discutirá más adelante-.

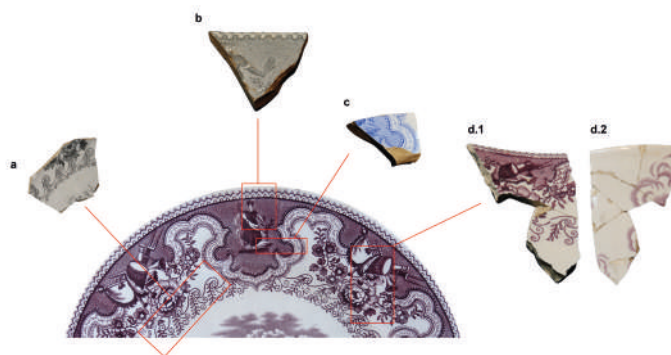


Figura 2: borde Texian Campaigne (TCC database, 2022), con fragmentos hallados en el Castillo de Niebla en 1992 y 2013. Imagen: J. Frere 2022.

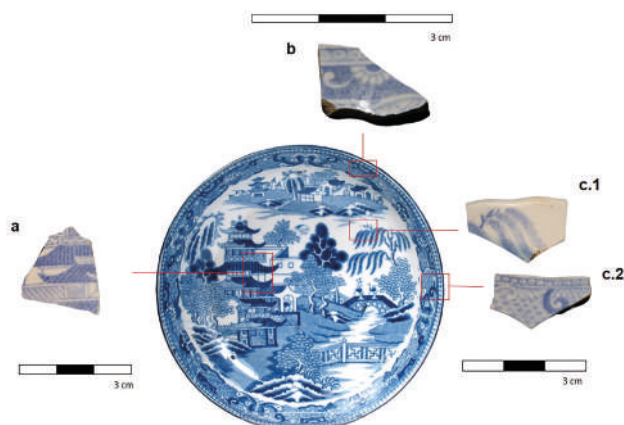


Figura 3: al centro: un bol Willow, junto con fragmentos hallados en el Castillo Niebla. Los fragmentos (c.1) y (c.2) son caras de la misma pieza, probablemente cerrada. Imagen: J. Frere 2022

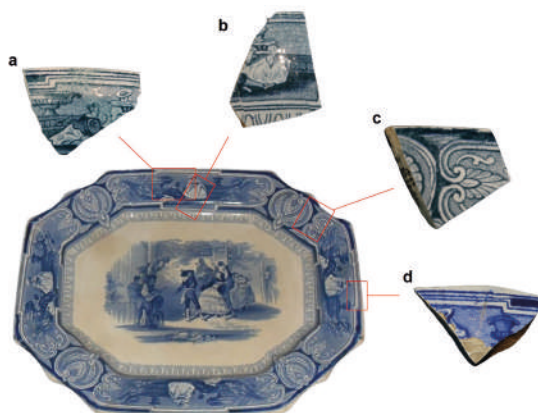


Figura 4: bandeja de Latin Dancers and Musicians (TCC database, 2022), y fragmentos hallados en el Castillo de Niebla. Imagen: J. Frere 2022.



Figura 5: centro: plato "Benzoni #05" (TCC database, 2022). (a) y (b) son fragmentos hallados en el Museo Sitio Castillo de Niebla. Imagen: J. Frere 2022.

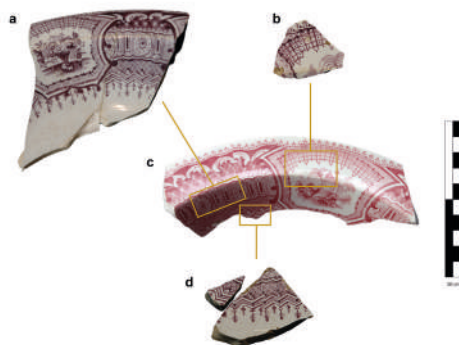


Figura 6: (a), (b) y (d) corresponden a fragmentos hallados en el Castillo de Niebla; (c) corresponde al fragmento hallado en PDO-3 (Península Mitre, Tierra del Fuego). Imagen: J. Frere 2022.



Figura 7: Abajo: plato Canton #01 de Davenport (TCC database, 2022). Arriba: fragmentos del Museo de Sitio Castillo de Niebla. Imagen: J. Frere 2022

e) Belzoni. Los fragmentos, con el diseño Belzoni #05 de la serie homónima (TCC database, 2022) corresponden a una base de plato cuyos bordes internos presentan elementos geométricos, y hacia el centro se ve parte de la ilustración incompleta, con flores (Fig. 5). Esta serie era manufacturada por Enoch Wood & Sons, cuya fábrica se localizaba en Burslem entre 1818 y 1846. Debe su nombre al explorador italiano Giovanni Battista Belzoni (1778-1823), que trabajó bajo el servicio del gobierno británico en Egipto, y que fue muy popular entre 1820 y 1822 (Lema, 2017).

f) Patrones no identificados. En el sitio aparecen varios diseños que no fueron identificados debido a que no son conocidos en la literatura disponible, catálogos o bases de datos u otras fuentes.

En primer lugar, se hallaron varios fragmentos de un diseño en color bordó con ilustraciones de un florero y de un paisaje con palmeras y un edificio con cúpula y escaleras (Fig. 6). El mismo diseño fue hallado en el sitio PDO-3 en Tierra del Fuego, en donde, como se mencionó, también se hallaron los patrones Peruvian Horse Hunt y Texian Campaigne, ambos producidos por Anthony Shaw (Elkin y Frere, 2022).

Otros fragmentos de borde presentan una decoración floral y botánica junto con volutas (Fig. 7). Si bien no se han hallado motivos centrales asociados a estos fragmentos,

este mismo borde se halla en los patrones Canton, Afternoon by the River y Gothic Ruin with Cattle. Todos ellos tienen en común a su fabricante: Davenport, establecido en Longport entre 1793 y 1887.

En su análisis de los sellos del conjunto arqueológico del Castillo de Niebla, Lema (2017) identifica un sello de fabricante de Davenport correspondiente al periodo 1805-1820 en un bol con decoración floral y geométrica cuyo patrón tampoco fue dilucidado (Fig. 8).

También se presentan fragmentos con paisajes, que incluyen montañas en el fondo y árboles, con edificios italianescos con escaleras de estilo clásico (Fig. 9). Estos elementos son muy comunes en la ilustración de escenas exóticas, e incluso es común que patrones que llevan nombres de espacios geográficos disímiles (Aleppo, Andalucía, Verona) son representados de la misma forma. Esto es valioso para pensar cómo ciertos lugares eran representados por ceramistas, y a su vez plasmado en objetos que serían exportados a mercados sudamericanos. Los sectores de concentración de poder económico y social tenían interés en generar conexiones europeas y, como formadoras de gusto, se abrían no solo a los productos europeos en general sino también a manifestaciones visuales –de flora, fauna, arquitectura o prácticas– que eran raras para su situación geográfica y social (Rodríguez y Brooks, 2012).



Figura 8: Un bol con decoración floral con un sello Davenport (Museo de Sitio Castillo de Niebla). Imagen: J. Frere 2022.

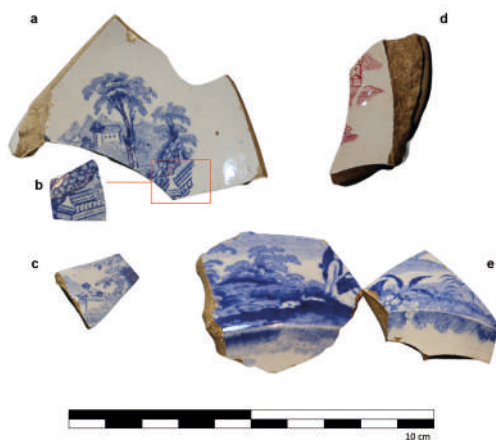


Figura 9: Varios fragmentos que ilustran paisajes o escenas (Castillo de Niebla). Imagen: J. Frere 2022.

El árbol que aparece retratado en algunos fragmentos parece ser un *Pinus pinea* o pino piñero, autóctono de la franja mediterránea y desconocido en América, que constituye un elemento estético frecuente en el jardín italiano desde el periodo del Renacimiento. Asimismo, Peruvian Horse Hunt incluye rosas, símbolo de aparición frecuente en la heráldica inglesa². Es así que la flora que aparece retratada en este tipo de piezas no es familiar ni común en Sudamérica ni en las áreas circundantes a Valdivia, donde abunda un patrimonio natural que incluye robles, palma, encinos y cedros, entre muchos otros.

4. El comercio de loza en Sudamérica

Se ha señalado la dificultad que implica el estudio de los agentes intermediarios entre producción y consumo (comerciantes, transportistas, minoristas). En Chile se conocen dos piezas completas de loza con marcas de importadores radicados en Valparaíso. A partir de mediados del siglo XIX, esta se desarrolla como una ciudad-puerto que desplaza a El Callao como núcleo intermediario del comercio internacional en el Océano Pacífico Sudoriental.

Se estableció como un puerto entrepôt, que recibía productos y los reexportaba hacia otras ciudades (Carabias, 2017).

La primera pieza (Fig. 10) corresponde al patrón Latin Dancers and Musicians con la marca en su reverso de “Agacio Hermanos/ Valparaíso”. El diseño central –parejas bailando con trajes de tradición española y tocando instrumentos- es compartido con otros patrones como Dancers #01 manufacturado por George Jones & Co. (TCC database, 2022). Curiosamente, el borde de este último aparece en un plato combinado con el motivo central de la serie Peruvian Horse Hunt en el sitio Alexandra Colony, una colonia británica en Rosario, centro-este de Argentina (Dosz- tal, 2017). Dicho diseño se adjudica a la serie Costumbres Españoles [sic], del productor J.F. Wileman (1869-1892). Esto permite complejizar el panorama del uso y propiedad de las placas de cobre, en tanto hay ilustraciones de bordes y de centros que se solapan entre piezas de distintos productores.

En el Castillo de Niebla fueron hallados fragmentos de ambos diseños (Peruvian Horse Hunt y bordes correspondientes a Latin Dancers and Musicians) y otros fragmentos

2. La rosa se asocia históricamente con el enfrentamiento en el siglo XV entre dos dinastías por el trono cuyos símbolos eran rosas (y que se empezó a denominar Guerra de las Rosas a principios del siglo XIX), aparece en la moneda británica y es símbolo del equipo de rugby nacional (Rodríguez y Brooks 2012).



Figura 10: (a) bandeja Latin Dancers and Musicians (TCC database, 2022); (b) marca en su reverso de Agacio Hermanos/Valparaíso; (c) marca de una pieza de Davenport de mitad del siglo XIX (The Potteries, 2022); (d) marca de Costumbres Españolas (TCC database, 2022)

en el sitio llevan los sellos de Anthony Shaw y George Jones (Lema, 2017), que se asocian a estas ilustraciones. Ciertas similitudes en la morfología del sello y la caligrafía con sellos de Davenport y de George Jones & Son de mitad de siglo XIX podrían sugerir una relación comercial, aunque no es posible discernir si esto corresponde a una casualidad. Los vínculos entre esta compañía y Sudamérica son atestiguados por cartas del archivo familiar (Lockett, 1972; Brooks et al., 2019). La compañía Agacio Hermanos tenía múltiples incidencias en la economía de Valparaíso, como accionista de una compañía de seguros (Cavieres, 1984), y como dueños de una casa de consignación (Estrada Turro, 2012), aunque son mencionados como comerciantes en la Guía de Comerciantes de Valparaíso (1858).

La otra pieza con una marca corresponde a una taza con el patrón Texian Campaigne, que también aparece entre los fragmentos del Castillo de Niebla. En el exterior de la taza podemos ver una escena de soldados montados con sus caballos y una tropa de

hombres a lo lejos. El sello, por su parte, presenta dos felinos sosteniendo un escudo de “Vives & Co. / Valparaíso” (Fig. 11).

Esta empresa tiene, de forma más clara, vinculaciones con Inglaterra. Situado en la calle de la Aduana en Valparaíso, se reconocen como vendedores de equipamiento para la casa en la Guía de Comerciantes de la ciudad (1858). Según el análisis de fuentes documentales, la compañía se asoció con una empresa radicada en Birmingham (Inglaterra) para formar la empresa Vives, Levison & Co., enlistados como comerciantes (General and Commercial Directory of Birmingham, 1858). En 1860 enfrentaron un juicio por la pérdida de 81 canastos de loza, valuados en £182 18s. 9d (Vaughan Johnson y Hemming, 1863). La compañía Vives & Co. había quebrado en 1861, como varios periódicos y guías de la época informan. Otras fuentes documentales lo relacionan con el comercio con Perú y California (Memoria del Ministerio de Marina 1849, en Quiroz Larrea 2020).



Figura 11: Taza con el patrón "Texian Campaign", datada entre 1837 y 1856 según la fuente de origen (The Museum of Fine Arts, Houston).

5. Comentarios finales

La loza con decoración por transferencia del Castillo de Niebla aquí analizada podría ubicarse cronológicamente entre fines del siglo XVIII y hasta principios de siglo XX, de acuerdo al periodo de fabricación de los patrones identificados. El estudio de los restos materiales más recientes sugiere que, después de 1820, el espacio continuó siendo utilizado –aún transformadas sus funciones–.

Este análisis nos permite acercarnos a entender la firma arqueológica de las lozas que circulaban en el sur de Sudamérica a partir del siglo XIX, con patrones decorativos muy globalizados –como Willow– pero también con otros menos conocidos (Peruvian Horse Hunt o Latin Dancers and Musicians). Sobre estos últimos, la presencia de patrones similares en sitios tan distantes como Península Mitre (Tierra del Fuego, Argentina), Rosario (Argentina) o Antofagasta (Chile) es relevante para entender el impacto que tenía el comercio internacional de loza en la época y el consumo local de estos objetos.

En Gran Bretaña la producción estandarizada y en masa de cerámica coincidió con el pico del movimiento Romántico, mientras en Sudamérica advenía la independización de varias naciones, en las cuales las elites locales se identificaban con los valores europeos, que concebían como superiores a su raíz indígena. Esta orientación social proveía una audiencia para los comerciantes para la expansión de nuevos mercados (Rodríguez y Brooks, 2012). El tipo de imágenes que son retratadas en estas piezas contienen en muchos casos elementos raros para las comunidades locales, tales como bailes españoles, flora alóctona, animales exóticos o arquitectura europea. En síntesis, las imágenes que eran consumidas a través de estas piezas implicaban una experiencia alejada de la cotidianeidad de quienes circulaban el espacio del Castillo de Niebla. Esto podría estar relacionado a una elite cosmopolita transatlántica que deseaba compartir valores y experiencias con Europa,

o a inmigrantes que deseaban recrear su hogar en el extranjero a través de los objetos, o quizás realizar “viajes imaginarios a lugares desconocidos” (Martin, 2001).

Agradecimientos

Este trabajo fue posible gracias al Museo de Sitio Castillo de Niebla, que abrió las puertas de su colección arqueológica y su Biblioteca Histórico-Antropológica. Especial agradecimiento a Jimena Jerez Bezzenberger. El análisis de lozas con decoración por transferencia se enmarca en el proyecto financiado por The Paul and Gladys Richards Research Grant Program for Studies in British Transferware del Transferware Collectors Club (2021/2022).

Referencias bibliográficas

- Aguilera, N. (1994). Excavaciones arqueológicas en el Castillo de Niebla 1992 - 1993. Descripción y análisis de la metodología y los principales rasgos culturales encontrados. Informe de práctica profesional para optar al título de Antropólogo, Universidad Austral de Chile, Valdivia. Ms en Biblioteca Histórico Antropológica Museo de Sitio Castillo de Niebla. Acceso en 2022.
- Barker, D. y Majewski, T. (2016) Ceramic studies in historical archaeology. Dan Hicks and Mary C. Beaudry, editors. The Cambridge Companion to Historical Archaeology. Cambridge: Cambridge University Press.
- Brooks A., Urbina S., Adán L., Carabias D., Sepúlveda V., Chiavazza H., Zorrilla V. (2019) The Nineteenth Century British Ceramics Trade to Southwestern South America: An Initial Characterization of the Archaeological Evidence from Chile. In: Orser C.E. (ed.) Archaeologies of the British in Latin America. Springer International Publishing, Contributions to Global Historical Archaeology, 55–71.
- Carabias Amor, D. (2017). Análisis e interpretación de la distribución espacial de las evidencias arqueológicas de un sitio de naufragio: La Infatigable. Tesis doctoral, Universidad de Chile.
- Carabias, D., Renato Simonetti y Andrea Ponce (2009) Informe de evaluación arqueológica subacuática, proyecto "Diseño y declaración de impacto ambiental para el mejoramiento emplazamiento Fuerte Niebla", Comuna de Valdivia, XIV, Región de los Ríos. Ms en Biblioteca Histórico-Antropológica Museo de Sitio Castillo de Niebla. Acceso en 2022.
- Cavieres E. (1984). Estructura y funcionamiento de las sociedades comerciales de Valparaíso durante el siglo XIX (1820-1880). Cuadernos de Historia, (4), 61-86.
- Copeland, R., (1980). Spode's Willow Pattern & Other Designs after the Chinese. London: Cassell Ltd.
- Cortés Rodríguez, C. (2022) La cerámica mayólica en las redes de circulación virreinales de la jurisdicción de Valdivia. Aguacero Textual Vol. 2, 41-64. Niebla: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.
- Coysh, A. W. y Henrywood, R. K. (1982). The Dictionary of Blue and White Printed Pottery 1780-1880, Volume I. England: Antique Collectors' Club.
- Doszta, I. (2017) Alexandra Colony: Arqueología Histórica en su sede administrativa. Buenos Aires: Publicia.
- Elkin D. y Frere J. (2022). British Merchandise on the Cape Horn Route: Nineteenth-century Earthenware in Tierra del Fuego (Argentina). Journal of Maritime Archaeology, 17(1), 71-92.
- Estrada Turra, B. (2012) Desarrollo empresarial urbano e inmigración europea: españoles en Valparaíso, 1880-1940. Tesis inédita de la Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia de América I.
- Gaimster, D. (1999). The Baltic ceramic market c. 1200–1600: an archaeology of the Hanse. Fennoscandia archaeologica, 16, 59-69.
- García-Albarido, F., Rivera, F., y Lorca, R. (2009). La loza del Mineral de Caracoles: Aproximación a la vida cotidiana de un contexto minero del norte árido de Chile (1870-1989). Diálogo Andino, 33, 75-89.
- General and commercial directory of the borough of Birmingham, and six miles round; including Wolverhampton, Bilston, Walsall, Westbromwich (1858). W. H. Dix and Compy. Disponible en Google Books, acceso en 2022.
- Guarda, G. (1990). Flandes indiano. Las fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Guía de comerciantes para el año 1858. Valparaíso Directory for 1858 (1858). H.W. Macklin. Valparaíso. Acceso en la Librería Nacional de Chile (2022).
- Henríquez Urzúa, M., V. Reyes Álvarez, V. Popovic Silva, I. Alamos Cardemil (2013). Cerámicas y vidrio. Colección Museo Regional de Rancagua. Chile: FONDART.
- Hermosilla, N., Bahamondes, F., Popovic, V. y Bueno, L. (2009). Informe de arqueología Etapa I. Proyecto Restauración Castillo de Niebla XIV Región de Los Ríos. Programa Puesta en Valor del Patrimonio, Damop- GORE de Los Ríos, Consejo de Monumentos Nacionales. Ms en Biblioteca Histórico-Antropológica Museo de Sitio Castillo de Niebla. Acceso en 2022.
- Lema, C. (2017). Aproximación histórica al conjunto de lozas del Museo de Sitio Castillo de Niebla. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación Dibam, Chile.
- Lockett TA (1972) Davenport Pottery and Porcelain 1794–1887. David & Charles, Newton Abbot.
- Martin, A. S. (2001). Magical, Mythical Practical and Sublime: the Meanings and Use of Ceramics in America. Ceramics in America, 1, 29-46.
- Miller, G. L. (1991). A revised set of CC index values for classification and economic scaling of English ceramics from 1787 to 1880. Historical Archaeology, 25(1), 1-25.
- Quiroz D. (2020). Soplan las ballenas: historias de la caza de cetáceos en Chile. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Rodríguez A., Sepúlveda V., Carabias D. (2016) Late 19th and early 20th century institutional wares of the Pacific Steam Navigation Company: A preliminary assessment of the Valparaíso Fiscal Mole assemblage, Chile. IKUWA6, Sixth International Congress on Underwater Archaeology. Fremantle, Australia.
- Transferware Collectors Club database. Disponible en <https://db.transferwarecollectorsclub.org/> Acceso en 2022.
- Urbina, S. (2015) Informe final: XX Informe de Monitoreo arqueológico, restauración Castillo de Niebla. Tramo: mes de diciembre-enero [Comuna de Valdivia, Región de los Ríos]. Enero 2015. Ms en Biblioteca Histórico-Antropológica Museo de Sitio Castillo de Niebla. Acceso en 2022.
- Urbina, S. (2018). Vida cotidiana en el castillo de Niebla a través de las colecciones cerámicas y cartografías históricas. Niebla: Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- Van Meurs, M. (1996). Excavaciones arqueológicas realizadas en el Fuerte de la Pura y Limpia Concepción de Monfort de Lemus (1992-1995). Universidad Austral de Chile. Ms en Biblioteca Histórico-Antropológica Museo de Sitio Castillo de Niebla. Acceso en 2022.
- Vaughan Johnson, H. R. y Hemming G. W. (1863). Reports of cases adjudged in the Hight Court of Chancery before Sir William Page Wood. Vol. II 1860 to 1862. London: Axwell. Williams P (1978) Stafordshire romantic transfer patterns. Jeffersontown: Fountain House East.

Amargos San Carlos, Corral, Valdivia (2020)¹

por Juan Navarrete Espinoza

Licenciado en Historia UACH

juanepdlc@gmail.com

1. Este texto fue compuesto en diciembre de 2020, siendo compartido en redes sociales. Varias sugerencias e hipótesis -aquí deslizadas ligeramente- han sido investigadas a fondo por el autor, que se reserva aún los pormenores. Hay dimensiones, aspectos, detalles no desarrollados, de los que estoy plenamente consciente. Solo agregué en esta revisión un cierre distinto.

1. Invocación. ¡Llena con tu energía estas palabras!...

“Llena con tu energía estas palabras, / inflámalas revientalas en el timón del día, / déjanos ver más allá de la pulpa y el carozo: /Chorocamayo,/Bahía del Inglés,/San Carlos, Amargos, Mancera /Corral/Niebla, /palabras que navegan /como lanchas cargadas de secretos marinos,/pletóricas de sí, insondables, veloces”.

Es aquel un fragmento de “Describo algunas cosas”, un poema de Enrique Valdés escrito a sazón de un aniversario de la toma de Valdivia en 1970, y publicado en el folleto Doscantos por la Universidad Austral. En el extracto transcrito el poeta enlaza, como un rosario, los nombres abreviados de las fortificaciones tomadas por Lord Cochrane en 1820, cuando el Sur de un Chile apenas esbozado, específicamente Valdivia y Chiloé, era todavía un reducto realista fiel a la Corona española.

“Déjanos ver más allá de la pulpa y el carozo” canta el poeta, tomemos “Amargos” a ver que nos cuenta. El llamado Castillo de Amargos formaba parte del sistema defensivo que el imperio español creó desde mediados del siglo XVII para proteger el acceso a la bahía de Corral, puerto de Valdivia, considerado un punto estratégico frente a los ataques navales de otros grandes imperios rivales como el holandés, inglés y francés.

Valdivia había sido fundada en 1552 y no alcanzó a completar la cincuentena de existencia, ya que fue arrasada en 1599 por una gran rebelión libertadora mapuche que destruyó todas las fundaciones hispanas al sur del río Biobío. Derrotados en toda línea, los españoles desistieron finalmente del lugar, abandonando en 1603 el último fuerte entre las ruinas de la ciudad. Los deseos de recuperar el puerto de Valdivia vinieron con una fallida expedición de los holandeses en 1643, tras lo cual en 1645 una avanzada de españoles emprendió una repoblación y las negociaciones

con los mapuche-huilliche locales, para que facilitaran dicho fin. La refundación de Valdivia sería un hecho dos años después, en 1647.

Para dichas pretensiones, los españoles identificaron una serie de sitios estratégicos que fortificar, entre ellas dos puntas o morros en el paisaje de la bahía, ubicadas en ambas riberas, las que en línea imaginaria marcaban el punto más angosto de la entrada al puerto, y acceso obligado de cualquier buque. Al respecto, escribía el cronista jesuita Diego de Rosales en 1674: “en este sitio se estrecha todo el río y bahía entre dos puntas de dos cerros de tierra firme: el de la parte del norte se llama punta de Niebla, y el del sur el que decimos punta de los Amargos” (Rosales, 1877, Tomo I, p. 273).

En la “punta de los Amargos” que nos interesa se construyó entonces el “Castillo de los Amargos” (Rosales, tomo I). Desde 1645 parece haberse dispuesto artillería en alguna estructura de materiales blandos (tierra, madera, ramas), luego se hizo la primera batería entre 1655-1660, y posteriormente la obra gruesa de canchagua y laja que actualmente conocemos entre 1675-1678, con algunas adiciones menores de ladrillo en 1770 (Montandon, 2001). El nombre completo de esta fortificación fue “San Luis de Alba de Amargos”, buscándose honrar con ello al entonces virrey del Perú, Luis Enrique de Guzmán, Conde de Alba de Liste (1655-1661).

Hemos considerado necesaria, aunque árida, esta panorámica general para lo que prosigue, puesto que aún no hemos penetrado en los “secretos marinos” invocados por el poeta. «Amargos» navega en estos párrafos con su carga salobre hacia nosotros, insondable todavía en el naufragio del tiempo, aún no hemos atisbado en la profundidad de su misterio.

Invocad historiadores: ¡“Llena con tu energía estas palabras, /inflámalas revientalas en el timón del día, /déjanos ver más allá de la pulpa y el carozo”!

2. Elucidación. Los manzanos amargos

Vamos directo al carozo del asunto. Escribió el cronista Diego de Rosales en 1674: “Anle dado nombre del puerto de los amargos, por unos manzanos, que hay, que llevan amarguísimas manzanas, por ser silvestres, y sin beneficio alguno” (Rosales, 1877, Tomo I, p. 273).

Rosales señalaba así el carácter “silvestre” de unos manzanos, y lo incomedible de sus frutas, significados contenidos en el “puerto de los amargos”, todo esto a sazón de su descripción del fuerte allí ya construido para cuando él termina su “Historia general” en 1674. Con anterioridad, en 1646, en la célebre primera “historia de Chile” redactada, el jesuita Alonso de Ovalle señalaba las puntas o morros que hemos apuntado como estratégicas, en tanto estaban a tal cercanía que estrechaban la entrada al puerto haciéndolo muy defendible. Aquel punto era en sus palabras “la llave del puerto”, y precisando esta información anotaba: “llamase el austral, morro de los Manzanos, y el opuesto, morro de Niebla” (Ovalle, 1646, p. 24). La fortificación recomendada por Ovalle vendría a poco andar, como ya hemos apuntado.

Siendo el dato de Ovalle el más antiguo al respecto, cabe decir que él no conoció Valdivia en persona, a diferencia del cronista Rosales que sí. La información sobre el “Morro de los manzanos” se la entregó otra persona, probablemente a través de una carta, y Ovalle lo anota explícitamente en las líneas que preceden a ese dato; después de consignar a Morro Bonifacio y Morro Gonzalo, escribía: “estrechan esta boca otros dos morros tan cercanos uno del otro [Niebla y Amargos], que un Capitán, que fue enviado con otros a fondar, y marcar este Río, me contó, que puesto en medio un barco, alcanzaba a tiro de mosquete el uno, y otro monte”(Ovalle, 1646, p. 24).

Si Ovalle estaba terminando su “Histórica relación” en 1646, estos datos tan precisos



Muros de edificación externa del Castillo de Amargos en 1949 (aun en pie).

parecen provenir de las medidas tomadas por la expedición repobladora puesta en marcha en 1645, dirigida por el general Antonio Sebastián de Toledo, y cuyo fin expreso era el reconocimiento pormenorizado del puerto para fortificarlo y cerrarle el paso a potencias adversarias. Como escribió el fraile agustino Miguel de Aguirre, en su Población de Valdivia en 1647, el general Toledo “trató de reconocer los puertos, demarcar la tierra, fondear el mar, y ríos, rumbea los parajes, y midió las distancias por mano de Don Constantino de Vasconcelos, eminente Matemático y Cosmógrafo, que fue por ingeniero mayor en esta Armada”...“habiéndose reconocido el



Fotografía de Roberto Montandon.

puerto y parajes con mucha diferencia de lo que se había dado a entender [anteriormente]" (Aguirre, 1647, pp. 35-36).

Esto sugiere claramente que los españoles se encontraron con los manzanos silvestres del paraje que tratamos cuando reconocieron el puerto a partir de 1645, ya bastante crecidos, "en forma". El dato de Ovalle apunta también que el sitio no había sido reconocido con mucha prolijidad antes, es decir, durante el primer lustro de vida de Valdivia (1552-1599), y por ello tampoco disponemos de una denominación anterior del lugar, a diferencia de Niebla, Corral, Isla de Constantino (rebautizada

Mancera después), topónimos que vienen de ese primer período (omitimos aquí extendernos sobre esto). Esos manzanos asilvestrados fueron entonces, sostengamos la hipótesis, la seña distintiva con la que se encontraron a partir de 1645 los hispanos que llegaron a la repoblación. En definitiva, la información cruzada indica que el sector fue bautizado como "morro de los manzanos" (Ovalle) y "puerto de los Amargos" (Rosales) por los refundadores de Valdivia, y no antes.

Antes de la batería, antes del foso, antes de las murallas de canagua, hiladas con lajas, antes de todo ello fueron los manzanos amargos, un fruto extraño, acaso salobre, poblando el paisaje de esta ribera... ¡Canta habitante!: "he aquí que soy la jaula: /una armazón de sangre y huesos /y arterias navegadas por palabras [...] Y soy lo que ellas quieren /decir desde que existen, /con más edad que yo /con mucho más /significado" (Las palabras, Enrique Valdés).

3. Misterio. El meditado fruto del tiempo

"Amargos se llama aquí Amargos, por la siguiente resolución, que aquí cuando llegaron los españoles aquí vivía mucho indio, aquí había un manzano, que ese no se comía con sal ni con ninguna cosa, y era totalmente amarga. Entonces, desde ahí, los españoles le pusieron Amargo aquí"

Así, un habitante interrumpe la algarabía de una noche entre vecinos en el documental Amargos (2010), del director Iñaki Moulián. Mal haríamos en tomar al pie de la letra la tradición oral transmitida en la sucesión de las generaciones, que como es sabido entre los entendidos, tiende a sintetizar lo esencial, siendo imprecisa temporalmente. Hemos ya apuntado que el origen de la denominación Amargos estaría en la repoblación de Valdivia (1645), y no en su fundación (1552), pero hay, sin embargo, un asunto que no hemos despejado ¿A qué viene esto de los manzanos "silvestres"? ¿Qué puede decirnos?



Punta de Amargos desde cerro Chorocamayo, década del 50 aproximadamente.

Fotografía de Roberto Montandon.

Seamos directos: el manzano no existía en las culturas precolombinas, es decir, fue introducido por los conquistadores españoles en Valdivia desde 1552. La especie, sin embargo, siendo foránea, se multiplicó rápidamente de una forma exorbitante, sin mayor necesidad del cuidado humano, al punto de “asilvestrarse”, y el hecho fue constatado por multitud de cronistas coloniales. Así, por tanto, se precisa que cuando se fundó Valdivia no hubieran manzanos “nativos”, pero que ya proliferaran enormemente “asilvestrados” cuando se repobló y refundó desde 1645, y acaso la tradición oral del habitante refleje esa segunda “llegada”, y no la primera.

Profundicemos entonces el punto del “asilvestramiento”. El mismo cronista Diego de Rosales que hemos citado, destaca en 1674 ese fenómeno en esta zona: “los manzanos; dan en tanta abundancia, que se hacen bosques de ellos, y desde Valdivia a Calle-Calle están las márgenes de los ríos por cuatro y cinco leguas coronadas de altísimos manzanos, hechos espeso bosque” (Rosales, 1877, pp. 192-193).

Mucho más tarde, en el Chile naciente, ya en el siglo XIX, el fenómeno sumamente extendido fue anotado también por Vicente Pérez Rosales en sus Recuerdos del pasado; al embarcarse en 1850 con destino a Futa, Rosales observará en el trayecto “los muchos manzanares silvestres que a cada paso, bien que cubiertos de lampazos, parece que disputaran a los bosques su lozanía” (Pérez Rosales, 1886, p. 340). Y dos décadas después, en 1872, Recaredo Tornero escribirá en su Chile Ilustrado que “en Valdivia es proverbial la inmensidad de manzanos silvestres, que forman grandes manchas en las riberas de los ríos” (Tornero, 1872, p. 423).

Que el fenómeno del asilvestramiento del manzano haya llamado la atención, alumbra, por tanto, el hecho de que el paraje que invocamos haya sido nombrado “Amargos”, y que haya sido esta especie la que dejó su impronta como protagonista y no otra, o acaso cualquier otro elemento destacable. Traído

el frutal por los conquistadores a partir de 1552, los manzanos asilvestrados de Amargos pudieron haber crecido ya en el periodo de la primera fundación hasta 1599, o nacido en el periodo que sigue tras la destrucción y abandono de la urbe. ¿Fueron españoles quienes dejaron esas semillas? ¿Fueron nuestros ancestros huilliches o lafkenches? Acaso ni siquiera fueron ellos, sino alguna criatura que poblara los densos bosques de entonces, un ave cruzando la bahía, una bandada errante, criaturas de los bosques bajando de los montes...

La gran variedad de manzanas del sur de Chile acaso le debe mucho a esa historia de asilvestramiento, y quizás sea este el secreto revelado de su diversidad, la riqueza de su híbrida pluralidad, como la nuestra... Fierro, Castilla, Libra, Enera, Rucaraqui, Pepina, Reineta, Cabeza de Guagua, Campana, Llaica, Trompuda, Caramela, Ñata, Limona: palabras que navegan, como botes cargados de secretos terrenos y salobres.

Henos aquí entonces, el fruto sigue entre nosotros. Los descendientes de aquellos “manzanos silvestres” con sus “amarguísimas manzanas”, que dieron su impronta trascendente a este paraje “de los Amargos”, pueblan de seguro estas riberas. Son acaso más dulci-amargos que ayer, enternecida su amargura en las centurias, configurada la acidez precisa de su naturaleza, pacientemente devenida en su rareza. Y aquí está su carne temible, su pulpa siempre nueva y antigua, como un meditado dulzor del tiempo, largamente digerido en el naufragio de la tierra. He aquí su secreto, he aquí el extraño misterio del tiempo que pruebas sin saber: vívido misterio devenido.

“¿Quién recogerá esas manzanas /donde aún brilla un sol de otra época?” (Twilight, 1958) se preguntaba el poeta Jorge Teillier; ¡que respondan los historiadores!: habitante, a los pies del ennegrecido naufragio yo me inclino, y recojo la extraña manzana y te la entrego, para que la gustes nuevamente con nosotros.



2. Noviembre de 2022.

Vista de Amargos en 1949. Fotografía de Roberto Montandon.

Recuerda que eres
la última palabra de tus antepasados,
su suspiro mortal y verdadero,
como el dulce-amargo sabor de estos manzanos
eres pulpa de su pulpa digerida.
Madera de esta madera eres tú, astilla de sus astillas;
eres este meditado fruto del tiempo,
el meditado dulzor de viejos árboles que otros plantaron,
su misterio desplegado en la tierra ennegrecida.
Eres amigo, escucha, el secreto revelado de su fuerza.
Recuerda²



Un PARAJE llamado AMARGOS (notas complementarias)

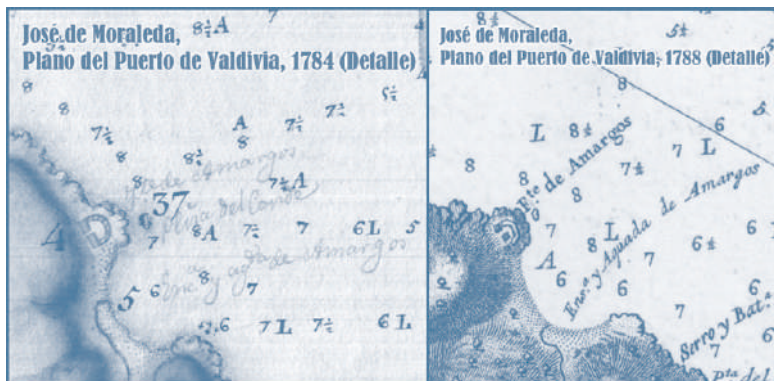
Aparte del morro o punta «de Amargos» en que se construyó el fuerte homónimo, se destacaron igualmente otros elementos o atributos de este sector de la bahía. Basta darle un vistazo a uno de los mapas coloniales destacados del puerto, el publicado en 1788 por el piloto de la Real Armada española José de Moraleda.

El plano de Moraleda (figura derecha) identifica el “Fte. de Amargos” y la “Ens. y Aguada de Amargos”. Sobre lo segundo, la pequeña ensenada para el abrigo de los navíos, ya había sido señalada en 1674 por el cronista Diego de Rosales en los párrafos que hemos citado como “puerto de los amargos”, destacando en otras líneas que era un fondeadero “capaz de doce naves con doce brazas de fondo, limpio y de lama gredosa” (Rosales, 1877, p. 273). Casi dos centurias más tarde, en 1780, el capitán de corbeta Francisco Vidal Gormaz la ubica entre la “punta de Amargos” y “Punta de Chorocamayo”, y la describe concisamente como “una ensenada de poco saco y terminada por playa de arena, en el centro de la cual vacía sus aguas un arroyo excelente que viene de los cerros vecinos” (Vidal, 1870, p. 56).

Es precisamente aquel “arroyo” el referido como la Aguada del lugar, estero que podía aprovisionar de agua dulce a los navíos y a la guarnición del Castillo.

En un mapa/estudio preliminar de 1784 (figura izquierda), José de Moraleda apunta también explícitamente la “Peña del Conde”(N.º37), además del Fuerte (N.º4) y la Ensenada y Aguada (N.º5) de su mapa oficial. Al respecto, Vidal Gormaz, en el mismo texto anterior de 1870, detalla que “la punta de Amargos, algo prominente, es baja, rocallosa y con una gran peña plana en su extremidad, denominada del Conde; y puede atracársela sin peligro, pues hay a su costado de siete a ocho brazas, fondo arena” (Vidal, 1870, p. 55). Respecto al “conde” referido por esta peña, no parece ser otro que el mismo por el cual recibió su nombre original la fortificación, Luis Enrique de Guzmán, Conde de Alba de Liste (1655-1661), bajo cuya administración, como ya apuntamos, se hizo la primera batería armada en el lugar.

Corresponde aquí un repaso general por las denominaciones que hemos citado; 1) Alonso de Ovalle en 1646: “Morro de los manzanos” (Histórica relación del Reyno de Chile); 2) Diego de Rosales en 1674: “Punta de los Amargos”, “Puerto de los Amargos”, “Castillo de los Amargos”(Historia general del Reyno



Izquierda: José de Moraleda, Plano del Puerto de Valdivia, 1784 (Detalle, con notas manuscritas);
Derecha: José de Moraleda, Plano del Puerto de Valdivia, 1788 (Detalle).

de Chile). A lo anterior podemos agregar lo que escribiera en su Descripción histórico-geográfica del reino de Chile el historiador valdiviano Vicente de Carvallo y Goyeneche, quien en 1796 refiere el lugar como la “Punta del Manzano”, marcando aquel sitio “lo más angosto de la entrada [al puerto], y deben pasar las naves entre los castillos de Amargos y Niebla, cuyos fuegos cruzan” (Carvallo y Goyeneche, 1865, p.181).

Lo anterior muestra que la referencia explícita del elemento “manzanístico” (“Morro de los manzanos”, “Punta del Manzano”) contenido en el significado «Amargos», estuvo al parecer en uso durante toda la era colonial, perdiéndose probablemente durante el siglo XIX. Se abandonó también aquel “de los”, que remarcaba el plural (varios, muchos) ya contenido en «Amargos» (como grupo o bosquecillo, de manzanos asilvestrados). La Punta o Morro, la Ensenada y Aguada, todos estos atributos del sitio, quedaron entonces adscritos al nombre genérico que hemos indagado.

Por último subrayemos: hemos clarificado como la nominación «Amargos» es una cristalización, una huella de un fenómeno histórico bastante particular: el asilvestramiento de los manzanos, una especie no nativa y exótica al momento de la fundación de Valdivia (1552), introducida por los hispanos al Sur del mundo, nuestro Sur. «Amargos» es bautizado como tal, teniendo como fondo viviente ese proceso, cuando los que emprendieron a partir de 1645 la repoblación de la destruida Valdivia (1599), se encontraron en la zona con “altísimos manzanos, hechos espeso bosque” (Rosales, Histórica relación del Reyno de Chile). La refundación de la urbe suponía el reconocimiento y fortificación del puerto de Corral, momento en el cual estos colonizadores se encuentran con este paraje donde crecían “unos manzanos, que hay, que llevan amarguísimas manzanas, por ser silvestres” (Rosales)... pero no nos repetamos habitante, esto ya lo hemos señalado.

Referencias bibliográficas

- Aguirre, Miguel, Población de Baldivia, motivos y medios para aquella fundación, en casa de Julián Santos de Saldaña, por Jorge López de Herrera, Lima, 1647.
- Carvallo y Goyeneche, Vicente, Descripción histórico-geográfica del reino de Chile [1796], precedida de una biografía del autor por don Miguel L. Amunátegui, en José Toribio Medina, Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional, Tomos VIII, IX y X, Santiago, 1865. Guarda OSB, Gabriel, Historia de Valdivia, Ilustre Municipalidad de Valdivia, Santiago, 1953.
- ... Un río y una ciudad de plata: itinerario histórico de Valdivia, Universidad Austral, Valdivia, 1965.
- ... Nueva Historia de Valdivia, P. Universidad Católica de Chile, Santiago, 2001.
- Hanisch, Walter, El historiador Alonso de Ovalle, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1976.
- Montandon, Roberto, Los castillos españoles en el estuario del río Valdivia, Editorial: Dirección de Arquitectura, Ministerio de Obras Públicas, Santiago, 2001.
- Ovalle, Alonso, Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que exercita en la Compañía de Jesús, Por Francisco Cavallo, Roma, 1646.
- Pérez Rosales, Vicente, Recuerdos del pasado (1814-1860), Imprenta Gutenberg, Santiago, 1886.
- Rosales, Diego, Historia general del Reyno de Chile: Flandes Indiano [1674], 3 Tomos, Imprenta el Mercurio, Valparaíso, 1877.
- Tornero, Recaredo, Chile Ilustrado, Librerías y Agencias del Mercurio, Valparaíso, 1872.
- Teillier, Jorge, El cielo cae con las hojas, Ediciones Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile- Editorial Universitaria Santiago de Chile, 1958.
- Valdés, Enrique, Permanencias, Ediciones Mimbres-Trilce, Antofagasta-Valdivia, 1968.
- ... y Hoefler, Walter, Descantos, Universidad Austral, Valdivia, 1970.
- Vidal Gormaz, Francisco, Reconocimiento del río Valdivia y de la costa comprendida entre el Corral y Reloncaví. En Anales de la Universidad de Chile, 1ª Sección.- Memorias científicas y literarias, Número XXXIV, Santiago, 1870.

Rescate de las memorias históricas marcadas por el cataclismo de 1960 en la cuenca del río Valdivia¹

por Héctor Olivares, Juan Carlos Muñoz,
Carla Contreras y Katherine Correa²

1. Este artículo presenta parte de los resultados del proyecto "Imaginarios sociales desde la memoria: un rescate de las identidades históricas marcadas por el terremoto de 1960 en la cuenca del río Valdivia", financiado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio: Fondo del Patrimonio Cultural, convocatoria 2020, ejecutado en el periodo 2021-2022, ampliamente tratados en la obra de los mismos autores: Cataclismo. Memorias de la megacatástrofe de 1960, Fondo Nacional del Patrimonio Cultural, Santiago de Chile, 2022.

2. Héctor Olivares: Antropólogo.
hectorgonzalo.olivaresreyes@gmail.com

Juan Carlos Muñoz: Antropólogo e historiador.
juanmunozdecastro@gmail.com

Carla Contreras: Antropóloga.
cisabel.cubillos@gmail.com

Katherine Correa, Antropóloga.
katherinecorrea@live.cl

1. Introducción

Las aguas que pasan frente a la ciudad [de Valdivia] parecen traer hasta sus mismos pies algo de la belleza de sus fuentes de origen, aquellos cinco grandes lagos cordilleranos -engastados entre volcanes y vigorosa vegetación- que con sus complicados desniveles y comunicaciones fluviales dan origen al más vasto río navegable de Chile (Guarda, 2018, p. 25).

Es así como el padre Gabriel Guarda inicia una de sus más recordadas obras. No es casual que sea esta la primera imagen que ofrece de la ciudad: la de su río, esa constante masa de agua que le ha dado su contorno, testigo del paso riguroso del tiempo y de la paciente y obstinada permanencia de los seres humanos junto a él.

La imagen mayoritariamente correntosa que se tiene de los ríos chilenos contrasta con las mansedumbres del río Valdivia. Difícil es hoy imaginar que hace poco más de sesenta años fueron esas las aguas que cubrieron las calles de la ciudad y provocaron grandes estragos en toda la cuenca, nada menos que luego de una de las más feroces catástrofes naturales que la humanidad recuerde y que aún permanece viva en la memoria de los sobrevivientes y grabada en las cicatrices que dejó a lo largo del territorio.

Fue en la tarde del domingo 22 de mayo de 1960 que un poderoso terremoto, de magnitud jamás antes ni después registrada por instrumento humano, azotó con furia una amplia parte del territorio continental de la zona sur de Chile, desde Biobío a Chiloé, seguido a los pocos minutos de un maremoto que arrasó las costas del sur de Chile para luego atravesar el océano Pacífico causando destrucción y muerte en lugares tan apartados como las Filipinas, Rusia y Japón. Seguido a

ello, la tragedia humana que continuó por meses en los miles de damnificados, como en los permanentes embates que la naturaleza fue dando a la esquilmada población con erupciones volcánicas, aluviones y lluvias torrenciales. Ciertamente es que una extensa zona se vio afectada, pero fue la ciudad de Valdivia con sus alrededores, los que mayor impacto sufrieron, sobre todo a lo largo de la cuenca del río, teniendo que soportar además el permanente estrés del día a día producto de las alarmantes noticias que generaron los tres tacos que bloquearon el desagüe de esos ocho lagos cordilleranos, que, de reventar, amenazaban con borrar la ciudad tal cual había ocurrido luego del terremoto de 1575.

Pretendemos en este breve artículo presentar sumariamente parte de la memoria colectiva e individual de carácter oral, recogida directamente de algunos sobrevivientes a la catástrofe de 1960, residentes entonces en distintas localidades de la cuenca del río Valdivia, para con ello mostrar un panorama general en torno a las vivencias personales frente al terremoto y sus consecuencias, particularmente aquellas que guardan relación con lo que se ha conocido como el riñihual.

A sesenta años de ocurridos los hechos, el rescate y puesta en valor de dicha memoria se presenta como una urgente tarea, dada la avanzada edad de quienes fueron sus protagonistas. Los relatos -cuyas transcripciones extractadas presentaremos en este trabajo- fueron recogidos en un extenso trabajo etnográfico entre los años 2015 y 2022³. No obstante, hemos renunciado a la "literalidad" de los mismos, privilegiando un entramado significativo de las distintas voces que aquí convergen, donde la articulación de los fragmentos narrativos va dando lugar a una "tonalidad discursiva" capaz de superar "los tropiezos de lo oral" como la "artificialidad de lo escrito". En resumidas cuentas, hemos

3. Parte de estos relatos fueron publicados en Haefele et al. (2018).

buscado “en la autenticidad de las voces, una forma de modulación vívida y literaria” (Arfuch, 2007, p. 193)⁴.

1. “No fue un terremoto, fue un cataclismo”

La tierra había estado dando señas durante los días previos al fatídico 22 de mayo de que algo no andaba bien. La primera en enterarse fue la ciudad de Cañete, el día 21 de ese mes, a las 06:02 horas, cuando fue despertada por un sismo de 8,3 grados en la escala de magnitud de momento (Mw), que, en sus 35 segundos de duración, produjo considerables estragos, graduados con un X (10) en la escala de Mercalli. La ciudad de Concepción fue la más afectada, el tercio de sus inmuebles fueron destruidos y 125 personas perdieron la vida. En Chillán, las consecuencias no fueron menores: 700 casas destruidas, otras 1.500 quedaron inhabitables y 3 mil con daños severos⁵.

Para la tarde del domingo 22 de mayo de 1960 la ciudad de Valdivia, adormilada aún por la habitual siesta después del almuerzo, se incorporaba lentamente a la segunda parte del día. Aproximadamente a las 15 horas, 11 minutos, 43 segundos, apenas avisada por un momentáneo estruendo, se inició la ruptura tectónica más violenta registrada en la historia humana. El epicentro inicial tuvo lugar en las cercanías de Traiguén y de allí se expandió hacia el sur en una sucesión de rupturas epicentrales a lo largo de la costa meridional de Chile, fracturando toda la zona de subducción entre las penínsulas de Arauco y de Taitao, en una extensión de más de 1000 kilómetros de norte a sur (Rojas 2018). Los más de 10 minutos de duración y la magnitud nunca registrada de 9,5 Mw, hicieron del evento un verdadero cataclismo, siendo Valdivia y sus alrededores, en el corazón de la zona, los más afectados:

(...) Yo no digo que fue un terremoto, fue un cataclismo, porque yo teniendo 27 años en esa época, abrazado con mis dos hijos, en la calle, porque arrancamos, porque nuestra casa se golpeaba con las de los vecinos, yo pensaba que era acabo de mundo, no pensé nunca que fuera un terremoto porque la tierra, el pavimento saltaban, no podíamos mantenernos de pie, fue algo tremendo... (Extracto de entrevista, Juan Valentín Díaz Salvo, 27 años en 1960, Valdivia).

Las proporciones planetarias del mega terremoto permiten catalogarlo como tal: un verdadero cataclismo. Sin más, a la destrucción provocada por el sismo se sumó un maremoto que devastó a los ya afectados pueblos costeros, algunos de ellos borrados hasta sus cimientos. En la costa valdiviana la ola arrasó con el puerto de Corral y su población, entrando por la desembocadura del río Valdivia, arrastrando todo a su paso. La alarma del maremoto pronto llegó hasta la ciudad de Valdivia que, aunque alejada de la costa, temía la crecida de las aguas río arriba, lo que en efecto ocurrió, inclusive hacia los poblados interiores. Así recuerdan el repentino fenómeno algunos informantes:

Hay cosas que se transforman, que cuesta entenderlas porque son contra la naturaleza o contra lo que tú has vivido toda tu vida. Vivía en esa época en la isla Teja e iba todos los días al colegio que estaba en Valdivia, entonces atravesaba en bote, y para mí el río era parte de mi vida, todos los días atravesaba el río bajo todas las condiciones meteorológicas, bajo todo tipo de marea, con vientos, en varios tipos de embarcaciones, entonces era como para ti tomar una micro e ir a la universidad, así de cotidiana era mi relación con el río. Cuando se produjo el terremoto llegamos aquí al balseo de la Peña donde está el torreón, entonces vinimos a encontrarnos

4 En este sentido, caben destacar las obras de Lewis (1966); Poniatowska (1996) -en la cual se recogen relatos sobre el terremoto de México de 1985-; y Alexiévich, (2015), en todas ellas se ha empleado notablemente esta metodología.

5. La Discusión. (5-II-2020). “1939, 1960, 2010: la dura tarea de registrar la catástrofe e impulsar la reconstrucción”, en Edición Especial 150 Años Diario La Discusión, Chillán (Chile), pp. 54-55.

con nuestra familia, mi padre y mi madre habían atravesado el río en bote minutos después del terremoto y cuando yo vi el río, vi algo que nunca había sucedido, que la corriente estaba en dirección inversa, la corriente iba río arriba a gran velocidad y llevaba lanchones y restos de paja y ramas y cosas así, eso me impresionó. Mientras estuvimos allí conversando 20 minutos, vi que el río fluía río arriba, nunca había visto la corriente en contra, siempre había tenido corriente hacia abajo. Producto del maremoto que empujó el río, por las olas que chocaron y el hundimiento de la masa continental, el continente se hundió y el mar empujó al río hacia arriba (Extracto de entrevista, Alex Rudloff, 14 años en 1960, Valdivia)

Estuvimos por el lado del puente de Las Ánimas y empezamos a ver que el agua estaba bien barrosa, estaba saliendo un agua bien fea y como ya estaba anunciado el tema del maremoto, decían que iba a subir el agua hasta acá arriba, y se iba a inundar toda esta cuestión acá, que Valdivia se iba a ir a pique. Todo el mundo sacaba conclusiones de que Valdivia se iba a perder (Extracto de entrevista, Juana Falfán Carrasco, 8 años en 1960, Valdivia).

Vimos desde el alto una enorme masa de agua que giraba, parece que hervía, y avanzaba río arriba, pegada a una de las riberas, a veces cambiaba de ribera. Después de una media hora aproximadamente volvió toda esa masa de agua, ahora más calmada, pero traía consigo gran parte de lo que había arrancado de las riberas un par de horas antes (Extracto de entrevista, Elena Clasing Ojeda, 14 años en 1960, Hullelhue).

Con la ciudad destruida, las calles inundadas producto del descenso de los terrenos a orillas del río, los valdivianos, en esas primeras horas de angustia, no imaginaban que muy lejos otro temible peligro se cernía sobre sus cabezas.

2. El riñihuazo: la venida de las aguas

Ocurrido el terremoto, los vecinos del poblado de Riñihue, en la precordillera, advirtieron la disminución de las aguas del río San

Pedro, el que en pocas horas se encontró prácticamente seco. El extraño fenómeno encontraba su causa en el deslizamiento de millones de metros cúbicos de tierra arcillosa, piedras, árboles y vegetación que se habían desprendido de las laderas que encajonaban su cauce, formando tres tacos que bloquearon el avance natural de las aguas evitando así el desagüe del lago.

El lago Riñihue, con sus más de 77 kilómetros de superficie, es el último de una extensa red de lagos cuyas aguas tributan en su hoyo. A través del río Enco recibe las aguas del Panguipulli, el que a su vez reúne las provenientes de los lagos Pullinque, Calafquén, Neltume, Pirihueico y Lácar.

Los tacos formados producto del movimiento tectónico frenaron los 500 metros cúbicos por segundo de agua de desagüe del lago, provocando el paulatino aumento de las aguas retenidas (Hernández Parker, 1960, pp. 73-83). A los pocos días la noticia llegó hasta la ciudad de Valdivia, la que fue recibida con desconcierto e incluso con incredulidad.

A partir de entonces, las alarmantes noticias que comenzaron a circular a lo largo de todos los poblados de la cuenca del río Valdivia generaron una creciente sensación de incertidumbre y pavor ante el posible rebalse de los tacos que, eventualmente, provocarían un alud de agua, barro y piedras que arrasaría con todo a su paso y que, según se decía, borraría del mapa a la ya devastada ciudad de Valdivia. Se estimaba que:

Cuando su nivel [el del lago] aumenta en un metro, significa que tiene 200 millones de metros cúbicos más; los que deben vaciar en el San Pedro y Calle-Calle, y de allí al río Valdivia. Como el tercer cerro tiene una altura de 24 metros, significa que 4.800 millones de metros cúbicos pasarían en una horripilante avalancha hacia el mar [...]. Todo esto descendería como una tromba levantando en vilo las casas, aserraderos,

haciendas e industrias, que bordean estos ríos y casi la totalidad del radio urbano, quedaría anegado y en parte llevado al mar (Hernández Parker, 1960, pp. 16-17).

El temor no era infundado, ya en 1575, un terremoto estimado en 8,5 Mw había provocado una situación similar en el mismo río San Pedro, cuyos tacos fueron finalmente vencidos por la fuerza de las aguas en un aluvión que trajo consigo destrucción y muerte⁶.

Cuatro siglos más tarde, cientos de hombres intentaron evitar que se repitiera la tragedia, en el titánico esfuerzo por desaguar el lago de forma controlada, evitando así la repentina ruptura de las presas y la furiosa venida de las aguas. La hazaña quedaría inscrita en los anales de la historia como una de las más grandes luchas que el ser humano haya dado frente a la naturaleza.

Fue así como diversos batallones del Ejército y cientos de obreros de la Empresa Nacional de Electricidad (ENDESA), de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO) y del Ministerio de Obras Públicas (MOP), se hicieron parte de la epopeya, liderada por el ingeniero Raúl Sáez, trabajando durante extensas jornadas que se extendieron hasta el 24 de julio, día en que finalmente se produjo el desagüe (Castedo, 2000).

Las obras consistieron en excavar una abertura capaz de drenar 600 metros cúbicos por segundo, para lo que sumaron 27 buldócer y otras maquinarias, así como varios tractores facilitados por vecinos del sector para cooperar con las obras. El riguroso clima invernal propio

del sur chileno, con cuantiosas lluvias que arreciaron durante esos meses, sumados a la inestabilidad del terreno y la formación de metros de fango, imposibilitaron el uso de las maquinarias, por quedar atascadas en los lodazales. No hubo más remedio que diseñar un plan de acción que contempló extensas jornadas de trabajo manual, donde cientos de obreros dotados de una sencilla pala -conocidos como paleros- iniciaron los trabajos para dar forma a un canal de desagüe, generando una cadena humana donde los materiales removidos iban saliendo de los socavones de palada en palada⁷.

Por su parte, la incesante crecida del nivel del lago cobró su primera víctima: el poblado de Riñihue en las orillas de este, que día tras días fue paulatinamente desapareciendo bajo las aguas. La zona lacustre era centro de una intensa actividad maderera, cuyos productos salían a través de la estación ferroviaria en dicho poblado. Las grandes acumulaciones de maderas procesadas, principalmente en tablas, tablones y vigas, eran acumuladas en grandes pilas o rumas conocidas como castillos. A pesar de los esfuerzos por sacarlos de las cercanías del lago, el agua los alcanzó de todas formas, generando un curioso espectáculo de maderas flotantes, algunas aún encastilladas, dando la impresión, como lo señalan los testimonios, de enormes "barcos fantasmas" que luego viajarían incontables hacia el mar una vez iniciado el desagüe.

Los efectos reales de las obras ejecutadas por la CORFO en su real contribución en evitar una desgracia de mayores proporciones es una cuestión que aún suscita posturas encontradas, no obstante, esto no resta heroísmo a las infatigables jornadas de trabajo

6. El evento es descrito por el cronista español don Pedro Mariño de Lobera, el que señala: "[...] la represa que hubo en la gran laguna de Renigua [Riñihue] a los seis días del mes de diciembre de 1575. Habiendo, pues, durado por espacio de cuatro meses y medio por tener cerrado el desagadero con el gran cerro que se atravesó en él, sucedió que al fin del mes de abril del año siguiente de 76 vino a reventar con tanta furia como quien había estado el tiempo referido hinchándose cada día más, de suerte que toda el agua que había de correr por el caudaloso río la detenía en sí con harta violencia. Y así por esto como por estar en lugar alto, salió bramando y hundiéndose el mundo sin dejar casa de cuantas hallaba por delante que no llevase consigo [...] Y por ser esta avenida a medianoche cogió a toda la gente en lo más profundo del sueño anegando a muchos en sus camas y a otros al tiempo que salían de ellas despavoridos" (Mariño de Lobera, 1865, p. 314) 7. Para conocer con mayor detalle los trabajos ejecutados en los tacos ver la crónica de Leopoldo Castedo (Castedo, 2000).

llevadas a cabo por los numerosos obreros anónimos presentes en las obras, cuya gesta ha sido calificada de verdadera “epopeya”.

El vaciado final de las aguas, iniciado el 24 de julio de 1960, constituyó un fenómeno extraordinario de gran significancia en las formas de habitar de las comunidades ribereñas, a tal punto que los contemporáneos le dieron un nombre específico al fenómeno: el riñihuazo, que perdura hasta el presente tanto en el léxico popular como en los registros formales. A propósito, un informante nos dice: “(...) riñihuazo fue una palabra acuñada en esa época: ‘viene el riñihuazo’, se acuñó ese término, todavía permanece. Y riñihuazo también como concepto de la avalancha de agua” (Extracto de entrevista, Alex Rudloff, 14 años en 1960, Pishuinco).

Para graficar las angustiantes semanas de espera que soportaron los habitantes de la cuenca del río Valdivia ante la incertidumbre del real alcance y consecuencias del vaciado del Riñihue, es que presentamos a continuación una selección de extractos de entrevistas que siguen el curso natural de las aguas en la búsqueda del océano Pacífico, pasando por Folilco, Los Lagos, Pishuinco, Antilhue, Huellethue, Collico y Valdivia. Con estos relatos, siguiendo el itinerario de cordillera a mar, pretendemos mostrar, aunque de forma parcial, las vivencias directas de algunas sobrevivientes, así como lo que el evento significó en el desarrollo de sus vidas:

Veíamos el lago que iba para arriba, el desagüe subió 28 metros. Ya después de un mes y medio, casi unos dos meses, se empezó de a poquito a perder el primer taco, era el chico. Cuando ya empezó el agua a romper, llegó al taco dos y después el taco tres y aquí empezaron los tractores a trabajar. [...] El agua de a poquito empezó a hacer un canal y después de los dos meses me acuerdo de que empezamos a ver cuándo empezó el chorrillo miercale y empezó a desmoronarse. Aunque

empezaron a correr de a poquito el agua, se hizo una laguna. Me acuerdo de mi papá porque fuimos a mirar acá el cerro que se empezó a desmoronar, eran medias rocas y como la fuerza del agua tiraba, caían pedazos de montaña y palos, me acuerdo de la fuerza del agua [...] Fueron como dos meses porque ya no pudieron trabajar las máquinas, y no hallaban como tirar la tierra que era como pegajoso, entonces aquí había como cien personas, pero de cien una sola hacía el trabajo, pescaba una pala aquí uno, después se la pasaba al otro y al otro para tirarlo, estaba el terreno blando y se les venía encima, así que era un trabajo de uno solo. El agua barrió con el taco uno y el taco dos, pero el taco tres, ese era el macizo. El riñihuazo duró más de diez días. Daba miedo mirar el río como iba para abajo. Iba turbia el agua, como barro. Claro que creíamos que íbamos a morir. Todos llorábamos (Extracto de entrevista, Carlos Pineda Toledo, 15 años en 1960, Folilco).

Andaban todos asustados porque se suponía que el riñihuazo se iba a venir por la calle. Recuerdo cuando trajeron las primeras máquinas para sacar los tacos, porque lo estaban haciendo a pura pala y picota. Todos iban a trabajar. De Riñihue, de los fundos, de aquí, de todos lados porque era una desesperación. El agua llegó donde hay una iglesia ahí, la iglesia de Quinchilca y recuerdo que se veía pasar las casas con personas arriba, con perros, con aves, pasaban maderas, árboles, todo (Extracto de entrevista, María, 8 años en 1960, Folilco).

Cuando se vino el riñihuazo daba pena, venían casas completas, animales que venían por el río para abajo, como en una casa que traía el puro techo con un gallo. El río empezó a llenarse de agua porque se juntó al otro río que se llama Collilelfu. Era terrible ver como las casas se iban (Extracto de entrevista, Florinda Miño Fuentes, 32 años en 1960, Los Lagos).

Todos los días se esperaba el “¡Hoy día se viene! ¡Hoy se viene el río!”, así que todos los días se estaba pendiente hasta que llegó el momento, ahí ya no había nadie acá abajo porque se pobló hacia arriba, en la parte alta de Los Lagos. Abajo estaban todas las casas sin ventanas, sin puertas y llenas de sacos de arena porque era la forma de salvar las casas, pero las casas de la calle principal quedaron tapadas de agua, hasta la mitad por lo menos igual que todas las casas que estaban a la orilla del río, quedó una sola que era de la familia Rojas, porque ellos le amarraron cables por todos lados y le pusieron sacos de arena y la casa no se fue (Extracto de entrevista, Eleonora Fuentes Miño, 11 años en 1960, Los Lagos).

El desastre fue para abajo, porque llegaba todo lo que venía arrastrando el agua, porque pasaban animales, pasaban casas, pasaba todo; incluso aquí, donde junta este río que es el Collilelfu con el San Pedro que viene de allá, había un chalé grande hermoso ahí, de Federico Gidemann, esa casa se empezó a girar, a moverse y girar y girar, y se fue paradita la casa mientras lo veíamos del alto arriba (Extracto de entrevista, Manuel Villablanca, 22 años en 1960, Los Lagos).

La gente no alcanzaba a sacar nada de sus casas, ustedes no podrán creer, pero se veían casas enteritas. Fue muy triste el riñihuazo, horrible, porque las poblaciones bajas estaban todas metidas en el agua (Extracto de entrevista, Carlos Beroíza, 20 años en 1960, Pishuinco).

La amenaza del desborde del lago produjo toda una noticia permanente que todos los días salían noticias muy alarmantes aquí en los diarios locales y nacionales y eso generó una psicosis de que Valdivia iba a desaparecer y que se avecinaban grandes catástrofes. Para el riñihuazo, se suponía que la gente iba a ser avisada y evacuada. Se produjo el desborde del río y

bajó esta masa de agua que transportaba en suspensión un material particulado que yo creo que debió haber sido arcilla y limo principalmente, producto de la disolución de la tierra que estaba atajándolo, y eso era un limo gris, el agua era como una especie de chocolate. Ese material una vez que pasó la avalancha de agua quedó depositado sobre toda la superficie como si hubieran pintado con una brocha gris el cauce del río. Esto fue en septiembre, todo el verano siguiente este barro comenzó a secarse de a poco y se agrietó completo. Como era una mezcla de arcilla y limo quedó un paisaje gris que parecía de otro planeta, era muy complicado caminar encima porque las botas quedaban pegadas, yo creo que fue un año completo hasta que se secó y se pudo caminar encima. Ese verano y todo ese otoño siguiente hubo que lavar la casa y lavar el jardín y eso poco a poco se fue disolviendo y apareció la tierra de abajo, fue un trabajo de meses. Creo que al año subsiguiente se pudo habitar la casa de nuevo, en noviembre del año 1962 (Extracto de entrevista, Alex Rudloff, 14 años en 1960, Pishuinco).

Estaban todos a la expectativa de que iba a venir el agua. Ya se sabía que la cuestión no daba más. Se fueron todos a las alturas, toda la gente se fue a las alturas, todos para arriba. Todos esperando que se viniera, y decían: “que hoy día se viene”, puras mentiras, igual que el cuento del lobo, hasta que se vino nomás... es que la gente creía que iba a venir una tremenda ola como fin de mundo, que iba a arrasar con todo y no fue así, lentamente comenzó a subir nomás. En Valdivia la gente estaba asustada. En julio de 1960 los carabineros pasaron tocando la sirena y avisando que se venía agua. Subía de a poco. Empezó a llenarse el río, pero no vino como una masa, subía lentamente. Cuando se vino todo el taco, porque debió comenzar a carcomerse de a poco, ahí sí que corría fuerte y pasaba de todo para abajo, traía casas, gallinas, animales muertos, madera,

todo lo que encuentra suelto el río pasa a llevárselo y pasaba para abajo, las casas enteras. Cuando después comenzó a bajar el agua comenzó a quedar puro barro. No se veía ni un pasto verde ni nada, era puro barro (Extracto de entrevista, Juan Carlos Matamala, 22 años en 1960, Antilhue).

Nosotros subimos para el cerro siquiera tres veces porque pasaban los carabineros tocando y venían diciendo que viene el Riñihue, y allá salíamos todos corriendo, estábamos unos cinco días allá arriba y nos teníamos que volver porque no venía el Riñihue. En esa función estaríamos como un mes, y cuando llegó el Riñihue resulta que nadie creía. El agua llegó hasta el segundo piso, todo se llenó de agua. Siquiera su año demoramos en volver a sembrar, porque tuvimos que sacar todo el barro, no podíamos sembrar nada, no se daba ninguna cosa. Mi mamá decía que 400 años atrás había habido un riñihuazo igual, pero ella contaba por lo que le contaban los padres y los abuelitos (Extracto de entrevista, Minerva Pradenas, 27 años en 1960, Antilhue).

Una incertidumbre del mañana... todos tenían, por ejemplo, su casa lista antes que se largue el Riñihue. Pero nunca imaginaron que sus casas se las iban a llevar todas. Barrió con todo, francamente espantosa la fuerza del agua (Extracto de entrevista, Sergio Pradenas, 25 años en 1960, Antilhue).

Cuando se largó el Riñihue, como a las cuatro de la tarde, andaban los carabineros avisando y fue algo tan rápido que al ratito el agua ya estaba acá en el camino. Nosotros habíamos ido al río a ver cómo corría el agua, poníamos palitos y veíamos como se iban, y allá llegaron los carabineros a echarnos diciéndonos: "arránquense porque ya se largó el agua", así que nos vinimos y cuando volvíamos el agua ya estaba en el camino. El agua traía casas, traía animales, además se llevó la iglesia

que teníamos los católicos. Como a las 10 de la noche nosotros nos dimos cuenta porque iba al lado de la línea del tren raspando y sonaba la campana, ¡nos llevó una iglesia nueva que teníamos! (Extracto de entrevista, Elia Valverde, 20 años en 1960, Huellethue).

Yo diría que todos los días, sobre todo después de ya pasado el primer mes, la gente comienza a impacientarse, por la bajada del famoso riñihuazo, pero éste nunca llegaba. En Valdivia se hablaba de que el agua iba a llegar hasta la plaza y evidentemente eso era para alarmarse, pero en realidad no se sabía nada. En el fondo el plan de contingencia no sirvió de mucho, excepto claro que fue súper importante lo de sacar a la gente del camino del agua y construirles casitas en las laderas de los cerros, pero a excepción de eso se podría no haber hecho nada y el efecto del agua habría sido el mismo. Yo creo que el agua jamás tuvo el potencial de llegar, por ejemplo, a la plaza de Valdivia y de borrar toda la ciudad (Extracto de entrevista, Elena Clasing Ojeda, 15 años en 1960, Valdivia-Huellethue).

Ahora bien, más allá de lo que se logró evacuando a la gente, yo diría que el plan de trabajo en el Riñihue fue un fracaso, porque de acuerdo con la información de la época el lago rebalsó y comenzó el desagué, no en una forma regulada, como se decía que iba a ser, sino que fue violento: el lago rebalsó y en menos de 24 horas quedaron inundadas, con máxima altura de las aguas, todas las vegas y sectores bajos colindantes con el río Calle Calle y río Valdivia. Eso podría perfectamente calcularse hoy en día y demostraría que lo que se hizo no sirvió de nada, porque para haber servido debiese haberse desaguado más lentamente. Acá en Valdivia la inundación no fue tan fuerte, porque el agua se expandió por el valle, pero yo diría que toda la avenida Arturo Prat se vio afectada. Todo el resto, desde lo que es la garganta que se produce entre la

cuesta de Soto y Santa Elvira, hacia arriba se inundó todo, de cerro a cerro. La tensión por el Riñihue siempre estuvo presente desde que fue el terremoto hasta el 26 de julio, que fue cuando creo que bajó el agua. No sé si había miedo, pero la gente que tenía sus casas a nivel del río era la que estaba más preocupadas claramente (Extracto de entrevista, Germán Clasing Ojeda, 12 años en 1960, Huelلهhue).

Mientras el agua estaba alta, yo fui a Valdivia, por los cerros, porque no se podía usar el camino, fui caminando por Collico, salí por donde está el molino Kunstmann a la calle, porque parece que como Valdivia está en la parte más ancha del valle el agua se dispersó, en cambio, más arriba estaba acorralada y subió más. Aun así, el malecón estaba bajo agua y los Barrios Bajos estaban totalmente inundados (Extracto de entrevista, Federico Clasing Ojeda, 21 años en 1960, Valdivia-Huelلهhue).

La evacuación fue obligatoria, no se permitió que nadie quedara porque en Collico se presumía que iba a subir dos metros y subió un metro diez. En Antilhue decían que iba a ser 30 metros y que iba a desaparecer poco menos Los Lagos y no fue tal el caso porque no fue preciso el cálculo. No fue violenta porque en Collico no se llevó las casas ni nada, subió nomás el agua (Extracto de entrevista, Dagoberto Godoy, 19 años en 1960, Collico).

El riñihuazo ya había terminado... vino para la población y para la ciudadanía valdiviana una etapa de mayor tranquilidad. La ciudad había quedado destruida primero por efecto del terremoto y luego por efecto del riñihuazo, sencillamente la ciudad ya podía pensar en que era posible volver a iniciar su recuperación y en este caso ver que ella podrá volver a ser como, si no como fue, pero podría llegar a ser (Extracto de entrevista, Adolfo Burgos, 35 años en 1960, Valdivia).

3. Algunas conclusiones

El cataclismo de 1960 es sin duda un hito colosal en la cronología histórica de la región y particularmente para la ciudad de Valdivia y demás poblados de la cuenta del río del mismo nombre. Los testimonios presentados al lector dan cuenta de la significancia que los hechos tuvieron en la vida cotidiana de cientos de personas que no solo tuvieron que soportar los embates del sismo, el maremoto y el riñihuazo, sino además de las consecuencias que por meses y años marcaron la vida de los sobrevivientes.

Son estos testimonios una fragmentada e ínfima parte de lo vivenciado colectivamente, pero bien reflejan la subjetividad de las experiencias individuales ante eventos de tales magnitudes, reflejando las interpretaciones que cada cual se figura de lo ocurrido, mediadas, claro, por la frágil memoria. Los balances que algunos sobrevivientes hacen sobre el real impacto que tuvieron las obras en el Riñihue da señales que contradicen el discurso "oficial" frente a los hechos, abriendo la posibilidad de hacer un nuevo balance que futuras investigaciones esperamos puedan esclarecer.

El imaginario social, está marcado por eventos de esta naturaleza en la forma de comprender la configuración del entorno inmediato. Muy común es escuchar, de parte de los adultos, la frase "esto antes era pura pampa"; se debe a la constante transformación del espacio y el territorio. Los movimientos de la tierra y las aguas provocan, abruptamente, estos cambios en el horizonte, muchos son vistos como hitos en la memoria individual y colectiva, como, por ejemplo, el cambio del curso de las aguas, las tierras que se inundaron, las casas que nunca se recuperaron. Con el aumento del nivel del mar, así como el de los ríos, algunas pampas fueron transformadas en humedales. Si navegamos por la cuenca del río Valdivia aún se observan vestigios de la destrucción, como puntos donde se recobra la memoria del territorio: árboles en medio del agua o el

mismo vapor Canelos hundido en mitad del camino fluvial; son estos los vestigios que quedaran para las generaciones venideras, cuando los testigos inmediatos ya no estén entre nosotros para relatarnos una vez más las lecciones que nos deja la vida.

Referencias bibliográficas

- Alexiéovich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*, Debate, Santiago de Chile.
- Arfuch, L. (2007). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Castedo, L. (2000). *Hazaña del Riñihue. El terremoto de 1960 y la resurrección de Valdivia. Crónica de un episodio ejemplar de la historia de Chile*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.
- Guarda O.S.B, G. (2018). *Un Río y una Ciudad de Plata. Itinerario histórico de Valdivia*, Ediciones Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- Haeefe, V., Olivares, H., Contreras, C., Herrera, N. y Flores, C. (2018). *Riñihuazo, memorias de un desastre*, Impr. América, Valdivia.
- Hernández Parker, L. (1960). *La epopeya del Riñihue*. Revista Ercilla, N°1308, Sociedad Editora Ercilla Limitada, Santiago de Chile, 15 de junio de 1960, pp. 16-17.
- Hernández Parker, L. (1960). *Catástrofe en el paraíso*, Editorial Del Pacífico, Santiago de Chile.
- Lewis, O. (1966) *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, Moritz, México D.F.
- Mariño de Lovera, P. (1865). *Crónica del Reino de Chile*. En Medina, J. T. (Ed.). *Colección de historiadores de Chile y otros documentos relativos a la historia nacional*, Tom. VI. Impr. del Ferrocarril, Santiago de Chile.
- Olivares, H., Muñoz, J. C., Contreras, C. y Correa, K. (2022). *Cataclismo. Memorias de la megacatástrofe de 1960*, Fondo Nacional del Patrimonio Cultural, Santiago de Chile
- Poniatowska, E. (1996). *Nada, nadie. Las voces del temblor*, Ediciones Era, México D.F.
- Rojas Hope, C. (2018). *Valdivia 1960. Entre aguas y escombros*, Ediciones Universidad Austral de Chile, Valdivia.

EL TERREMOTO OLVIDADO DE VALDIVIA (13 DE JUNIO DE 1907)

por Luis Berger Venegas

Profesor de Historia y Ciencias Sociales. Magíster en Historia del Tiempo Presente, Universidad Austral de Chile.

luis.berger.venegas@gmail.com

“Sobre el velador tenía una vela en la correspondiente palmatoria y en esta una caja de fósforos. Al sentir el temblor se incorporó en la cama, pero no pudo encender la vela, porque bailaba una especie de caquebal que hizo imposible toda tentativa de prender el pabilo. En esta ocupación pasó el movimiento y cuando pudo al fin encender la luz, todo el peligro, por el momento, había pasado¹”.

Presentación

Para 1907 la ciudad de Valdivia se encontraba viviendo su llamada “época de oro” (1870 - 1914), período de gran holgura y bienestar material, resultado del desarrollo económico alcanzado durante la segunda mitad del siglo XIX, de mano de los inmigrantes alemanes². Con una población de 15.229 habitantes, según el censo de 1907, Valdivia era para entonces el centro urbano más importante del comercio y la industria regional. Así lo demuestra la “Guía Ilustrada, Industrial y Comercial” de Valdivia, publicada por Rodemedil Espejo ese mismo año, que da cuenta del increíble número de pequeñas y grandes industrias con asiento en la ciudad. La mayoría de estas industrias se ubicaron en la ribera del río, aprovechando las ventajas que ofrecía del transporte fluvial, exportando productos manufacturados al mercado nacional e internacional a través del puerto de Corral, estableciendo un importante movimiento comercial que dependió exclusivamente del transporte marítimo hasta la llegada del ferrocarril a la zona. Sin embargo, 1907 fue también el año de un evento sísmico poco conocido, y que en Valdivia revistió las características de un terremoto.

1. Madrugada: los primeros informes y telegramas

Cerca de las 4:30 de la madrugada, del día jueves 13 de junio de 1907, un violento temblor despertó a los habitantes de la ciudad de Valdivia: “Sentimos el remezón –explicaba un vecino a El Correo de Valdivia– desde el principio hasta el fin y cuando abandonamos el lecho para ver el reloj, este marcaba las 4:35 de la madrugada. El suelo trepidaba con tal violencia que nos costó tenernos en pie para evitar que se volcara una lámpara que mantenemos habitualmente encendida sobre uno de los muebles del dormitorio. Un balde lleno de agua que había sobre el piso se dio vuelta con estrépito y una fuente de lavatorio que contenía un poco de agua arrojó el líquido hacia el oeste a pesar de su hondura y de un gran perímetro. Todo esto en medio de un ruido infernal al que se mezclaban gritos de espanto, aullidos de perros y agitado cacarear en los gallineros de la vecindad. Desde el primer momento empezaron a chocar los alambres de la luz eléctrica y sus rojos chispazos parecían como brotados de la atmósfera que coloreaban como un resplandor siniestro. Se apagó la luz y la tierra volvió a su quietud después de un minuto de violenta trepidación, dejando a la ciudad sumida en la más pavorosa alarma. La intranquilidad que nos embargaba por el horrible remezón que nos tenía anonadados no había desaparecido, cuando una hora justa después, a las 5 y 35 minutos, otra sacudida terrestre, menos fuerte y de menos duración , volvió a llenarnos de espanto y entonces salimos a la calle, notando entre la completa oscuridad que reinaba, que nuestros vecinos también habían salido; a lo lejos sentimos voces, ruido y hasta ayes. No había duda que los habitantes de Valdivia estaban todos en pie y que en algunas casas había víctimas. Era imposible ir a ninguna parte; no podíamos abandonar el propio hogar y esperábamos a

1 “Charla de lunes” (De Fray Solfa), El Correo de Valdivia, 17 de junio de 1907, Portada.

2 Fabián Almonacid Zapata. (2013). La industria valdiviana en su apogeo (1870-1914). Valdivia, Chile: Ediciones Universidad Austral de Chile. Colección Historia.

que la luz del día asomara por oriente para calmar nuestra pena y la ajena. La corteza terrestre no se tranquilizaba y una hora después oímos nuevamente, a las 6:40, los siniestros ruidos subterráneos del fenómeno sísmico y al unísono otra trepidación, mayor que la anterior en fuerza y duración, pero mucho menos que la primera. Rodaban por el suelo vasijas de toda clase, caían de los aparadores y estantes, la loza, cristalería y otros objetos; todo infundía pavor, pues hasta las ventanas fueron abiertas en este tercer remezón, sin duda alguna, aflojadas por el primero y segundo. A las 7 y 45 minutos sentimos un cuarto temblor, menos intenso y más corto, era ya de día y este encontró en la calle a muchos vecinos de la ciudad”³.

Calificado en su momento como un “fuerte remezón” o una “violenta sacudida”, el movimiento sísmico del 13 de junio sorprendió a una ciudad que para entonces carecía de un sismógrafo que permitiera medir con exactitud su intensidad⁴. Sin embargo, a pesar de no contar con datos precisos desde el punto de vista sismológico, sí contamos con el testimonio de la prensa local de la época para reconstruir dicho evento.

Según el testimonio de varios vecinos que un año antes habían presenciado con horror el terremoto del 16 de agosto de 1906, que sepultó bajo sus ruinas al puerto de Valparaíso, el movimiento sísmico del 13 de junio de 1907 habría sido de igual fuerza, pero de menor duración, cuestión que, a su juicio, habría salvado a la ciudad de Valdivia de un destino similar.

La misma madrugada del 13 de junio se recibieron en la Intendencia de Valdivia los primeros telegramas de diferentes autoridades locales y subdelegaciones vecinas informando sobre la situación en distintos puntos de



Figura 1. Derrumbe de una muralla de cortafuego sobre una casa habitación.

la región. Así, por ejemplo, el Juez de la Subdelegación de San José, Rafael Mera, escribió señalando que “aquí no hay desgracias personales que lamentar”, no obstante “el comercio ha sufrido grandes pérdidas”. Por su parte, el Inspector de Carabinero de Villarrica escribió para informar la destrucción de “treinta casas techadas con tejas”, quedando “la mayor parte en el suelo”. Asimismo, el Intendente de Temuco, David Perry, escribió a su homólogo provincial en Valdivia, Enrique

3 “El terremoto de esta mañana”, El Correo de Valdivia, 13 de junio de 1907, Página 3.

4 Según la “Escala de intensidad de los fenómenos sísmicos” utilizada en Chile hasta el año 1961, el sismo de 1907 habría alcanzado el grado IV en Valdivia. Rojas, Carlos. (2010). Valdivia 1960. Entre aguas y escombros. Valdivia, Chile: Ediciones Universidad Austral de Chile. p. 28.



Archivo Histórico y Patrimonial, Colección Fotográfica,
Dirección Museológica Universidad Austral de Chile.

Cuevas Bartholín, señalando que “el fuerte temblor de esta mañana no ha causado en esta provincia perjuicios de consideración”, añadiendo, “agradeceré datos de esa, pues hay aquí vivos deseos de conocerlos”.

Los corresponsales de la prensa local fueron los primeros en entregar información más detallada sobre la situación. Así, por ejemplo, desde el puerto de Corral se informó que

el movimiento sísmico se sintió con gran intensidad, ocasionando daños menores. Sin embargo, una particularidad fueron las fuertes oscilaciones en el mar sentidas por los tripulantes del vapor Rancagua, que para ese momento se encontraba anclado en la bahía. Pese a esto, no se registró una salida del mar y ninguna embarcación perdió sus anclas como resultado de la alteración del mar.

De acuerdo a los datos obtenidos por el Observatorio Sismológico, el movimiento sísmico tuvo una duración de un minuto y su onda expansiva se sintió desde Concepción por el norte hasta Ancud por el sur –aunque existen antecedentes sobre sus efectos en Santiago, Rancagua, San Fernando, Talca y Chillán⁵ –, siendo Valdivia, Pitrufquén, Villarrica, Corral, Osorno, Pargua y Angol las localidades más afectadas⁶.

2. Daños: la caída de chimeneas y el derrumbe de murallas

De todas las localidades, Valdivia fue la que mayores perjuicios materiales sufrió. Al respecto, como “notable” calificaría la prensa local la forma desigual como el sismo afectó a las construcciones dependiendo de su ubicación dentro de la ciudad: “Mientras en algunas casas sus dueños no han tenido que lamentar la pérdida ni de una copa, en otras la quebrazón ha sido lamentable. La destrucción ha comprometido particularmente las habitaciones de los terrenos que han sido artificialmente emparejados”⁷. Asimismo, según algunas fuentes, el sismo se habría sentido con especial fuerza en el sector ubicado entre las calles Chacabuco, García Reyes, Carlos Anwandter y Caupolicán, donde había existido uno de los antiguos catricos de la ciudad⁸.

5. “Ecos del terremoto”, El Correo de Valdivia, 19 de junio de 1907, Página 3.

6. “Telegramas. Interior, Santiago”, El Correo de Valdivia, 17 de junio de 1907, Portada.

7. “El terremoto del 13”, El Correo de Valdivia, 15 de junio de 1907, Página 2.

8. Borneck, Boris e Izquierdo, José Manuel. (2009). El Gran Incendio. Valdivia. 1909. Valdivia, Chile: Arte Sonoro Austral, p. 56.

La caída de chimeneas y el derrumbe de murallas de cortafuego representaron los principales perjuicios materiales dentro de los límites urbanos (Figura 1). En el centro de la ciudad, el edificio de la Escuela Normal, El Correo de Valdivia, el Hospital y el Convento de los Reverendos Padres de San Francisco sufrieron la caída de sus chimeneas; el edificio del Banco de Chile resultó con serios daños en su fachada, mientras que el edificio del Banco Alemán Transatlántico sufrió el hundimiento de una parte de su techumbre; por otra parte, el edificio del Hotel de Francia, el Hotel Colon y el Club La Fraternidad resultaron con sus murallas cortafuego destruidas.

La casa particular de Abel Barrientos, Sebastián Werkmeister, Juan Agustín Uribe, Gustavo Scheihing, Víctor Vogt, Santiago Schüler y Carlos Prochelle, entre otras, sufrieron el derrumbe de sus chimeneas; en la calle Yervas Buenas resultaron afectadas varias viviendas: en la casa de Juan Mena la chimenea del horno de su panadería se vino al suelo, en la casa de Carlos Heise resultó la chimenea trizada y con peligro de derrumbe, en la casa de Elisa de Spriter la chimenea se derrumbó en el techo convertida en escombros y en la casa de Enrique Poehler se derrumbaron dos chimeneas, además de pérdidas estimadas en dos mil pesos en el negocio situado en la parte baja de la vivienda; también se desplomó una muralla en la casa del cónsul alemán Carlos Bischoff.

En cuanto a los establecimientos comerciales, en los almacenes de Teodoro Uthemann y Pablo Springmüller las murallas de cortafuego resultaron completamente destruidas; mientras que en el almacén de Pablo Sprigmüller su muralla cortafuego cayó sobre el local contiguo de Carstens y Compañía, causando pérdidas evaluadas en mil quinientos pesos; la importante casa comercial Wachsmann, que contaba con el mejor edificio de la ciudad, de material sólido y tres pisos de altura, sufrió pérdidas en loza, cristalería y objetos de arte por una suma aproximada de mil cuatrocientos pesos. Ninguna de sus murallas de cortafuego quedó en pie.



Figura 2. Iglesia Matriz de Valdivia con su torre derrumbada.

En la fábrica de muebles de Enrique Werkmeister, situada en calle Caupolicán, los daños fueron de consideración: se cayó la chimenea del motor de la fábrica, de doce metros de altura, se derrumbó una muralla de cortafuego y se desprendió un pedazo de cornisa de diez metros de largo en la fachada frontal, mientras que en el interior del edificio se hicieron trizas varios espejos con detalles biselados y esmerilados de mucho valor, estimados en mil ochocientos pesos; en la mueblería a vapor de Juan Hardessen, ubicada



Archivo Histórico y Patrimonial, Colección Fotográfica.
Dirección Museológica Universidad Austral de Chile.

en calle Beauchef con Esmeralda, la chimenea del establecimiento sufrió graves daños que hicieron necesario demolerla.

En el complejo industrial de la Isla Teja, la gran chimenea de la Compañía Cervecería de Valdivia quedó con varias grietas, mientras que dos murallas y cuatro chimeneas pequeñas se desplomaron, resultando heridos el operario Pedro Bustamante (20 años) y el trabajador Máximo Solís (15 años); en los Astilleros Behrens dos lanchas que se estaban

construyendo se precipitaron al suelo; en la curtiembre de Cristian Rudloff e Hijos cayó una chimenea, mientras que la fábrica de calzado ubicada en la ciudad sufrió graves daños en sus maquinarias; en el establecimiento industrial de Pablo Hoffmann se derrumbaron y trizaron varias chimeneas; entretanto en la curtiembre de Teodoro Lunecke se vino al suelo la chimenea principal y el establecimiento sufrió diferentes desperfectos de menor consideración.

Las únicas víctimas fatales del terremoto fueron Teófilo Wilhem y su hija Eduviges, de dos años de edad, luego que la muralla de cortafuego de la residencia contigua, propiedad de Federico Koch, se derrumbara sobre el techo de su casa, aplastándolos a ambos. De entre los escombros salvaron con vida Amalia Schehla, esposa de Teófilo Wilhem, y sus hijos Clara y Alfredo. Los funerales se realizaron al día siguiente, y la ceremonia estuvo precedida por el pastor de la Iglesia Protestante Teodoro Linke. En su recorrido al Cementerio Alemán el cortejo fúnebre fue despedido en las calles por cientos de personas que salieron de sus casas y lugares de trabajo para despedir a las dos únicas víctimas del terremoto.

La iglesia matriz fue el edificio que mayores daños sufrió producto del terremoto (Figura 2). Construida en 1898 por el arquitecto José Agustín Jara, la iglesia de estilo neorrománico era para entonces el edificio más alto de la ciudad. Como resultado de la fuerte sacudida del 13 de junio, su estructura de murallas de ladrillo y espacios abovedados sufrió graves daños, derrumbándose por el frente el cuerpo más elevado de la torre que aún permanecía inconclusa. En vista de los daños causados al edificio, el Intendente de Valdivia ordenó su clausura, hasta que un informe técnico permitiera descartar algún peligro de derrumbe del templo. El informe fue encargado al ingeniero Jorge Urzúa, quien tuvo a su cargo la tarea de examinar el edificio de la iglesia y el ocupado por la Notaría, la Aduana y la Tesorería Fiscal, que también resultó con graves daños (Figura 3)⁹.

En el informe redactado por Jorge Urzúa se explicaba: “En este edificio cayó casi todo el cuerpo superior de la torre y una gran parte del frontón superior de la fachada principal, que da a la plaza. En la fachada opuesta, que da a la calle Independencia, se desprendió toda la cornisa y un paño de muralla de una altura de más o menos un metro cincuenta centímetros. Han quedado varias partes desprendidas que es menester demoler a la brevedad posible; pues, amenazan venirse abajo con el más pequeño movimiento [...] En el interior de la Iglesia se notan pequeñas rasgaduras en las esquinas y en las naves de seis arcos; estas por ahora no amenazan ningún peligro para el público; pero más tarde, en caso de repetirse un temblor fuerte, podría traer consecuencias graves y mejor sería para precaver accidentes en lo futuro proceder a su arreglo definitivo”¹⁰. En cuanto al edificio ocupado por la Notaria, la Aduana y la Tesorería Fiscal, el informe fue enfático en señalar su estado en ruinas, considerando urgente su demolición ante la inminente amenaza que representaba para los transeúntes.

A pesar de las primeras noticias que circularon en los diarios de Santiago, Valparaíso y Concepción, sobredimensionando los efectos del terremoto y causando gran preocupación a nivel nacional –“dime si habéis salvado; aquí se asegura no quedó una sola casa en pie”–, sus consecuencias fueron bastante menores. Según la propia prensa, la razón de este hecho se debía a que en Valdivia predominaban las construcciones de madera con techumbres de zinc (95%), frente a los edificios de material sólido contruidos en cal y ladrillos (5%), que resultaron todos con algún tipo de daño¹¹. Por este motivo, y producto de la gran cantidad de réplicas que afectaron a la ciudad durante los días posteriores al 13 de junio, el Intendente de Valdivia dispuso la clausura de las escuelas públicas mientras éstas no fueran examinadas por un ingeniero.



Figura 3. Edificio de la Notaria, la Aduana y la Tesorería Fiscal con graves daños.

Esta situación no tardó en generar un importante debate sobre los materiales más adecuado para construir en Valdivia, sobre todo cuando se trataba de edificios públicos de gran envergadura, como era el caso del nuevo edificio de la Intendencia, para entonces en construcción –luego que en 1904 un incendio destruyera el edificio construido por Ernesto Frick–, el cual pretendía albergar a la Corte de

9. “La Iglesia Matriz. Su estado actual”, El Correo de Valdivia, 15 de junio de 1907, Portada.

10. Ibid.

11. “El terremoto de Valdivia” (De “El Chileno” de Valparaíso), El Correo de Valdivia, 19 de junio de 1907, Portada.



Archivo Histórico y Patrimonial, Colección Fotográfica, Dirección Museológica Universidad Austral de Chile.

Apelaciones, el Juzgado de Letras, la Notaría, el Correo, el Telégrafo y el Registro Civil. En este sentido, a juicio de muchos, las evidentes ventajas demostradas por las construcciones de madera, ante el peligro de derrumbe al que se encontraban expuestas las construcciones de material sólido en el caso de un terremoto, debía imponerse en cualquier futuro proceso de renovación urbana¹².

3. Servicios básicos: averías y desperfectos

En cuanto a los servicios básicos, la planta de energía eléctrica, perteneciente a la sociedad de German Ehrenfeld y Jorge Wendler, interrumpió la corriente en los primeros momentos del terremoto con el objetivo de evitar accidentes como consecuencia de cortes en el alumbrado público, dejando en la más completa oscuridad a las personas que para ese momento comenzaban a salir de sus casas para aglomerarse en las calles. Del mismo modo, el servicio de agua potable permaneció cortado en distintos barrios de la ciudad producto del quiebre de varias cañerías en calle Picarte. Mientras que la Compañía Nacional de Teléfonos, la más antigua del país, fundada en 1893, dejó de funcionar como resultado de los desperfectos en sus líneas.

Pese a que el terremoto no significó una catástrofe para la ciudad, los perjuicios materiales ocasionados en la línea férrea sí fueron catalogados como “desastrosos”. La mayor parte de los daños se ubicaron entre Gorbea y La Unión, cuestión que, a juicio de las autoridades locales, confirmaba a la zona de Valdivia como epicentro del terremoto.

Tras el terremoto, el Intendente de Valdivia se comunicó con el Administrador de la IV Sección de Ferrocarriles del Estado, el ingeniero Adolfo Cofré, para que dispusiera de una comisión de técnicos que saliera a recorrer la línea del norte hacia Temuco y la línea del sur hacia Osorno en busca de daños. Las primeras indagaciones pudieron identificar cortes y grietas en los pilares y terraplenes de acceso de los Puentes Calle Calle, Huaquilpo y Lipinhue, además de daños en el viaducto Ñaqué donde se pudo observar un importante hundimiento del terreno, advirtiéndose también múltiples cortes en la vía producto del derrumbe y deslizamiento de tierra.

12 “Las construcciones en Valdivia”, El Correo de Valdivia, 19 de junio de 1907, Portada.

Esta información fue rápidamente transmitida por telegrama al Ministro del Interior, Luis Antonio Vergara. En el mensaje se decía: “A consecuencia del temblor, la línea sufrió perjuicios muy serios, al extremo de no haber sido posible hacer ningún servicio de trenes de Gorbea al sur hasta Osorno, pues hay muchos terraplenes hundidos y casi todos los puentes han sufrido. De aquí a Antilhue no ha sido posible pasar con máquinas por estar la línea cortada y el puente Huaquilpo averiado seriamente y necesita ser reparado provisionalmente. Casi todos los terraplenes de acceso a los puentes se han hundido. El puente de Calle Calle no sufrió nada, solamente el terraplén está un poco agrietado, él quedará reparado mañana. Según datos que he recibido hasta ahora, el túnel Afquintúe y los Venados, parece que no han sufrido. No es posible precisar por hoy cuando podremos hacer tráfico, pues nos estamos informando y dándonos cuenta de la magnitud del desastre. Parece que las averías son menores en la Unión y Osorno y lo mismo de Gorbea al Norte¹³.”

La magnitud de los daños obligó a paralizar el tráfico de trenes, interrumpiendo las comunicaciones con el resto del país. Para remediar esta situación, en lo inmediato el Intendente de Valdivia dispuso que una tropa de carabineros transportara las valijas en aquellos trechos en que los daños de la línea férrea hacían imposible el paso del tren, de modo de restablecer el servicio de correspondencia. Pese a todo, como consta en una nota del Administrador de la IV Sección de Ferrocarriles del Estado dirigida al Intendente de Valdivia, en un esfuerzo de los ingenieros a cargo de los trabajos de reparación, el tráfico de trenes hacia el norte se pudo restablecer el 16 de junio –momento para el cual se esperaba la llegada de un tren con correspondencia proveniente de San Rosendo–, mientras que el tráfico hacia el sur debió permanecer interrumpido por cinco días más.

4. Causas: especulación científica e imaginación popular

Un hecho curioso para la época era la creencia popular sobre que los fenómenos sísmicos se encontraban relacionados con los cuerpos celestes y el movimiento de los planetas. Para el caso del terremoto de Valparaíso se había asegurado que este hecho había tenido su origen en la conjunción del planeta Júpiter con el satélite lunar de la Tierra.

Para el caso del terremoto de Valdivia, un pronóstico astronómico publicado por el observatorio de Berlín un año antes parecía entregar pruebas fehacientes de este hecho, alimentando esta creencia: “El año 1907 la Tierra estará en su punto «perihelio» (más próximo al Sol) de su órbita el día 8 de junio, y Marte estará en el punto de su «afelio» (más distante del Sol) de la suya el día 12 de agosto, teniendo lugar la mayor aproximación de los dos planetas el día 12 de junio. ¿Habría influido esta aproximación de ambos planetas, llamada conjunción, al desarrollo del fenómeno sísmico que hemos sufrido en la región austral de Chile?”, se preguntaba El Correo de Valdivia¹⁴.

Por supuesto, opiniones como ésta contrastaban con los conocimientos científicos de la época sobre los fenómenos sísmicos, los cuales, aunque preliminares y formados por hipótesis aún por demostrar –recordemos que la idea de la deriva continental, que más tarde daría paso a la teoría de las placas tectónicas, fue presentada por Alfred Wegener recién en 1915–, descartaban el movimiento de los planetas para explicar el origen de los terremotos¹⁵. Su origen, por tanto, no debía buscarse en el exterior de la tierra, sino en el interior de ella¹⁶.

13. “El terremoto de ayer”, El Correo de Valdivia, 14 de junio de 1907, Página 2.

14. “El terremoto de ayer”, El Correo de Valdivia, 14 de junio de 1907, Portada.

15. “Protesta de un astrónomo”, El Correo de Valdivia, 19 de julio de 1907, Portada.

En efecto, como bien se consigna en la misma prensa de la época, muchas personas apuntaron como posible causa del terremoto del 13 de junio a la gran actividad volcánica que se venía desarrollando desde el mes de abril en la zona cordillerana de Lago Ranco, en la provincia de Valdivia. Dicha actividad tuvo como momento culmine la violenta erupción del volcán Riñinahue, el 9 de abril de ese mismo año, la cual formó un gran hongo de cenizas de 6 a 8 kilómetros de altura, oscureciendo el cielo de la zona durante tres días, produciendo precipitaciones de cenizas que alcanzarían a la ciudad de Valdivia, ubicada a 115 kilómetros de distancia¹⁷. Pero eso no es todo. El material expulsado por el volcán obstruyó el cauce del río Nilahue formando una represa de agua hirviendo que colapsaría dos meses más tarde, el día 9 de junio, destruyendo todo a su paso. “Uno de los arroyos hirviendo se lanzó por el lado de Llifén y el otro por el de Riñinahue, arrasando las aguas todo cuanto encontraron a su paso y asolando montañas, casas, ganados y personas en un espacio de más de dos leguas de ancho y siete leguas de largo”¹⁸. Según los primeros informes, por lo menos quince familias de indígenas habrían muerto producto del aluvión de agua hirviendo¹⁹. Ante estos hechos, el Gobierno del Presidente Pedro Montt nombró una comisión de expertos con el objetivo de estudiar la actividad volcánica de la zona y su posible relación con el terremoto de Valdivia²⁰. No obstante, sus miembros –Alberto Obrech, astrónomo del Observatorio Nacional; Lorenzo Sundt, ingeniero sismógrafo; y Miguel Machado, litólogo del Museo Nacional– fueron incapaces de explicar el vínculo entre

ambos eventos²¹, dejando la puerta abierta a la especulación científica y la imaginación popular²².

Comentario final

A través de estas páginas nuestro objetivo ha sido contribuir al rescate de un episodio olvidado de la historia local de Valdivia, a partir de un ejercicio acotado de escritura. Como hemos podido observar, el terremoto del 13 de junio de 1907 representó en muchos sentidos una antesala de lo que sería más tarde el mega terremoto del 22 de mayo de 1960, dejando ver muchas de las problemáticas urbanas que cincuenta y tres años después volverían a surgir con mayor intensidad –tal como la fragilidad de las construcciones de ladrillo o el riesgo que implicaban los terrenos de relleno–, evidenciando la importancia de la memoria sísmica y sus lecciones para el presente. La historia, como se sabe, se escribe a partir de piezas, sin importar cuan pequeñas sean éstas, lo fundamental es alcanzar la verdad histórica.

Agradecimientos

A Roberto Bosshardt, encargado del Archivo Histórico y Patrimonial de la Dirección Museológica Universidad Austral de Chile. A Ricardo Molina, académico del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, por su constante ayuda y apoyo.

16. Al respecto, un conocido vecino de la ciudad compartió una interesante anécdota y observación sobre el sismo: “En el aparador del comedor no había quedado ni una taza, ni un plato, ni una copa que no rodara convertida en pedacitos por el suelo. En la casa de al lado no ocurrió ni la menor novedad, nada, no se quebró ni un vaso. Esto se explica declara el perjudicado, que el aparador mío, está colocado en la pared oriente de la casa y el de mi vecino en la del poniente. Esta misma coincidencia se ha notado en muchas partes, por lo cual sería un dato muy importante para estudiar la dirección exacta del fenómeno sísmico”. Charla de lunes” (De Fray Solfa), El Correo de Valdivia, 17 de junio de 1907, Portada.

17. Para más información sobre la erupción del volcán Riñinahue, ver: Moreno, Hugo.

(2021). Las erupciones volcánicas históricas ocurridas en el mes de abril en el Campo Volcánico Carrán-Los Venados, Riñinahue, Lago Ranco. Parte 1: Volcán Riñinahue. Diario El Ranco. Recuperado de <http://www.diarioelranco.cl/wp-content/uploads/2021/04>.

18. “Las erupciones volcánicas”, El Correo de Valdivia, 21 de junio de 1907, Páginas 3.

19. “Grave erupción volcánica del Reñihue”, El Correo de Valdivia, 19 de junio de 1907, p.3

El Ranco. Recuperado de <http://www.diarioelranco.cl/wp-content/uploads/2021/04>.

20. Con el objetivo de recoger datos sobre el terremoto del 13 de junio, el Gobierno elaboró un cuestionario con diecisiete preguntas. “El temblor del 13 de junio”, El Correo de Valdivia, 17 de agosto de 1907, p. 3.

21. “Comisión sismológica”, El Correo de Valdivia, 20 de agosto de 1907, Páginas 3.

22. “Nueva teoría sobre los temblores”, El Correo de Valdivia, 27 de junio de 1907, Portada.

CONVERSACIONES CON DON MANUEL PECHUAM

por Tomás Catepillan

Doctor en Historia.
El Colegio de México.

tomas.catepillan@gmail.com

Hace unos meses, mientras investigaba en el Archivo Nacional Histórico de Chile, encontré por casualidad unas planas escondidas en cierto pliego de un volumen grueso y maltratado (Fondo Varios, v.326). Cuando lo tuve frente a mí, además de la sorpresa y del placer de leer aquella narración descabellada, no pude menos que pensar en lo excéntricos que pueden ser los antropólogos. Luego pensé que, quizá, detrás de las locuras del autor de aquellas planas era posible vislumbrar una conversación con don Manuel Pechuam, de quien tengo sobradas pruebas documentales de su existencia. Este es el motivo por el cual he conservado parte del título original. No puedo saber si aquella conversación tuvo lugar, o no. Interrumpida por los años, como nuestras existencias, me he tentado de creer que esto es algo secundario. ¡Ustedes juzgarán! He transcrito aquellas planas con un mínimo de modificaciones en la ortografía y la puntuación.

Tomás Catepillan Septiembre del 2017

Conversaciones con don Manuel Pechuam, o ensayo sobre espiritualidad, magia y telepatía en el mundo mar-ínsula-madera, dictado directamente por el aborígen a monsieur Clemente König, el autor

Según me han informado amigos bien informados, existe en la capital chilena un folclorista de fama inmerecida que actualmente está preparando un libro sobre la magia de Chiloé y sobre lo que él denomina la «mentalidad del insulano». Los lectores de este libro, conocedores, sabrán a quién me refiero: en los últimos años no ha hecho más que abarrotar las imprentas con sus escritos delirantes sobre aquella provincia primitiva y fantástica que es la provincia de Chiloé. Bien se le aplica lo que dice la Biblia en los Hechos de los apóstoles «Y lo seguían, porque desde hacía tiempo los tenía seducidos con su magia» (8;11). ¡Aunque es bien pobre la magia de los presdigitadores de circo!

Yo, que me guío por los clásicos, creo que acá deberíamos proceder según el decir de Hipócrates: *Contraria contrariis curantur*. Que es como decir, combatamos con mieles la sal, con verdad la mentira y con libros buenos los malos.

Por lo mismo, no encontrarás en los párrafos siguientes ni una sola palabra sobre aquella supuesta mentalidad insulana, querido lector, aunque sí espero que encuentres mucho sobre el espíritu, sobre la magia (bien entendida) y sobre aquella realidad que a falta de otro concepto más preciso y conciso he denominado el «mundo-mar-ínsula-madera».

No te desespere si no lo entiendes de buenas a primeras. Hace falta mi experiencia para descubrir esta verdad en la informalidad de los azares y la historia del austro americano. Espero, de todos modos, que al final de la lectura te conformes con mis argumentos, asientas en mis propuestas, y te regocijes de

saber que existe, al sur de nuestra patria, un rincón donde el espíritu y la magia campear: porque las personas que habitan esa tierra son de una esencia distinta a la nuestra. Una esencia hecha de mar, ínsula y madera.

Es cierto que no son espíritus prácticos. Donde nosotros pensamos en un aserradero, en una explotación fructífera, o en cualquier granjería que se te venga a la cabeza, los habitantes del mar-ínsula-madera piensan en fuerzas mágicas que desconocemos, sienten poderes que manan de la tierra y que absorben en cada trago de agua, y transmiten, con la facilidad con que cerramos nuestros ojos, rayos y pensamientos telepáticos al pasado, al futuro, y aún fuera del espacio. Porque de la esencia de la tierra viene la esencia de aquellos seres humanos. ¡Esta es la verdad del mundo-mar-ínsula-madera!

¡Oh, mundo-mar-ínsula-madera! Cómo quisiera que por vez primera se te hiciera justicia en las tribunas de Santiago, en las discusiones de los folcloristas, en las investigaciones de los antropólogos, incluso en El Parlamento y en La Moneda. Yo, que no puedo decirme chilote si no es por adopción voluntaria y de motu proprio, creo que con estas conversaciones (o con este ensayo, como también lo he titulado), abrimos la senda a la comprensión de una realidad hasta hoy ignorada por lo mal comprendida, despreciada por falsas ideas, abandonada, en resumen, como el hijo deforme de una madre desnaturalizada.

Dicho esto, me presento con tres palabras humildes, antes de que sigamos con don Manuel Pechuam, el célebre anciano de Rauco. Yo soy, como dice el dicho, aquella golondrina que no hace verano, aunque en su vuelo bata el ímpetu de los nuevos tiempos que son las estaciones en cada año. Soy, además, un honrado funcionario público y un amante de la antropología (y por lo mismo, lector, un enemigo declarado de los falsos profetas). ¿Qué más quisieras saber de mí?

Ahora el aborígen don Manuel Pechuam, por alias el célebre anciano de Rauco, y por otros alias el oráculo de su gente y el misterio de los extraños. Don Manuel, como le decimos quienes hemos sido acogidos por su abrazo cariñoso, vive actualmente en el mismo lugar donde nació: Rauco. Y nació, según él mismo afirma, mostrando un papel roído y tiznado, hace más de cien años, el mismo día en que nació Fernando VII(1784). Por sus arrugas, por su diminuto tamaño, y aun por su habla enrevesada y llena de arcaísmos y giros extraños que me ha sido necesario traducir, me parece una posibilidad de lo más creíble que ciertamente don Manuel Pechuam tenga la edad que dice tener. Otros más diestros en la nutrición, la ecología y la metafísica tendrán que venir después de mí a mostrar cómo es que el ambiente de este mundo-mar-ínsula-madera facilita la sobrevivencia de especímenes humanos centenarios, que en Rauco se cuentan por docenas.

Para que sepas, lector, Rauco se encuentra en la ría de Castro. Y me parece ver su caserío dominando una de las curvas de aquel estero, adornado por una mezcla de neblina y humo que sube por la ladera, como bailando. Pero Rauco es algo más que aquel caserío, aquella ladera y aquella neblina danzarina. Rauco es el corazón del mundo-mar-ínsula-madera. Es la esencia de la esencia. Es como la cueva de aquel bosque milenario en los Alpes dináricos que guarece a los elfos, e incluso, a uno que otro celta de buen corazón. De estas materias ya he hablado en otro libro que publiqué en Buenos Aires, asociado con el doctor Juan de Dios Lehmann, así que no ahondaré en ellas. Reddite ergo, quae sunt Caesaris, Caesari et, quae sunt Dei, Deo. Amigos míos, vamos a lo que nos reúne.

Primera historia del célebre anciano de Rauco

La primera historia que les contaré del célebre anciano de Rauco no es tan conocida, principalmente porque aquel pérfido folclorista santiaguino no la ha publicado, así que podemos decir que estás leyendo un inédito. Yo se la escuché al aborigen Pechuam con mis propias orejas el día seis de noviembre de 1888, a las 11:15, si mal no recuerdo, mientras los dos mateábamos de lo lindo y escuchábamos cómo afuera llovía tristemente. Para los que no sepan, ese día se fusiló a un pariente de Pechuam que se dedicaba a los negocios en las Guaitecas. Ese hecho fatal nos tenía tristes, pero ocurrentes, como cuando suceden hechos inauditos que a uno le hacen pensar en la misión de cada quien en la Tierra, en la importancia de las devociones e incluso en aquellos días cuando uno era niño y la madre lo solucionaba todo, aunque fuera pobre y ausente como la mía.

Ese día seis de noviembre, por no perder el hilo, llovía. Casi no corría viento y no creo exagerar al decir que el silencio era tan grande que se podían escuchar en Rauco las conversaciones de la gente en la plaza de Castro. Quizá por eso escuchamos los disparos que pusieron fin a la vida del pariente de Pechuam. Él no lloró. Miró al cielo y rezó un padre nuestro en mapudungun. Cuando terminó me miró fijo y me dijo si conocía el caso de Nicolás Hernández. Como no lo conocía, le dije: “don Manuel, no lo conozco, cuéntemelo Ud. si es tan amable”. Sorbeteó el mate y me lo contó.

Tienes que saber, me dijo, que Nicolás Hernández nació en alguna de las rucas que hay cerca de Chonchi, quizá por los años de 1830. Y tienes que saber que mi abuelito fundó ese pueblo en tierras que les regaló a los españoles, tropa de greñudos, para que vivieran apretados. Así que Hernández algo de español habrá tenido, aunque según recuerdo hablaba el mapudungun locuazmente y tenía el aguante de un peñi. Era inquieto, pero no tanto como probó serlo más adelante en su vida. La

primera vez que salió de Chonchi fue con trece años, para llevar a Castro unas papas que su familia quería vender. La segunda vez que salió de Chonchi, con 16, fue para ir a Ancud. Creo que tenían una disputa entre vecinos por no sé qué potrero y como Nicolás era curioso, el padre le encomendó que acudiera al Gobernador de la provincia. Tuvo buena suerte: el primer día en Ancud, después de haber caminado la mitad de la Isla Grande, se enamoró y se emborrachó con su enamorada. Lo malo fue que despertó preso y adolorido. A los dos días lo embarcaron con rumbo a Valparaíso y al mes ya estaba sirviendo como tropa en el Cuartel de Artillería de Santiago.

No sería el primer chilote desterrado, le acoté a don Manuel, que me parecía que se estaba quedando dormido mientras me hablaba, o quizá era yo el que se dormía viendo cómo bailaban sus arrugas al ritmo de sus palabras. Me mandó a callar con un bastonazo, y siguió como apurando su relato.

Me dijo: a Nicolás Hernández lo mandaron en 1851 a pelear con los revolucionarios del Biobío. A ver si con esto no te duermes. Como Hernández era sensato, no se demoró en ponerse en comunicación con las partidas de mapuches que peleaban por los revolucionarios. Y al final se terminó yendo con ellos. Vivió toda esa década con la gente de alguno de los muchos hijos de Mangil Wenu. Se casó, tuvo hijos y vivió feliz por siempre.

Se hizo un silencio, por mi parte, con cierta frustración por el cuento tan aburrido, y luego siguió: ¡cómo crees que se acababa ahí el cuento! ¿No soy acaso Manuel Pechuam? Oye bien: Nicolás Hernández vivió solamente esa década con los mapuches, así que no pudo ver crecer a sus hijos, ni pudo enterrar a su señora, ni nada. En 1859 hubo nuevas guerras en el Biobío, sólo que esa vez tuvo peor suerte: lo capturaron los chilenos con alevosía, haciéndose pasar por un grupo de monjas desvalidas. Pobre Nicolás, había conocido la felicidad con los mapuches, a pesar de ser español ¡y de Chonchi!

Según me contó, dijo con voz grave Pechuam, Hernández se lamentaba amargamente en un calabozo de Arauco. Exclamaba ay, pobre de mí, y esas cosas que dicen los prisioneros. Y se acordaba de la chicha que iban a hacer ese año, y de su mujer, y de una guagua recién nacida, y de algún compadre, y entonces más se lamentaba. Así se la pasó un rato, aunque no tanto como una semana. A los días el calabozo hedía, porque ahí mismo meaban y cagaban, porque no se había cambiado la ropa desde que las monjas lo tomaron preso, y porque con el mal humor uno huele peor. Para su sorpresa, le dieron permiso para ir a bañarse cuando lo pidió, y aprovechando el momento, se fue nadando por un río hasta la costa, donde casi muere de frío si no hubiera sido por una lancha que volvía desde Valparaíso para Chiloé. Así fue como prefirió su antigua provincia a la familia mapuche que había hecho en poco menos de diez años: se acordó de su padre viudo, de cómo roncaba de noche, de algunos hermanos y hermanas, e incluso del potrero que disputaba con sus vecinos. Le dio gusto imaginarse viviendo en Chiloé y no siendo perseguido por el ejército chileno. Solo cuando volvió a Chonchi se enteró que todos habían muerto. La viruela del año '56 o algunos venenos se habían llevado a toda su familia y conocidos. De la casa donde nació sólo quedaban unas tablas podridas. Sus antiguas tierras las cultivaban otros españoles. Y para remate, el subdelegado sospechaba de él por los rumores que habían corrido desde su partida en 1851: que era un ladrón en California, que era cuatrero en Cuyo, que se había unido a los pelacaras de Teno, que vivía en Guayaquil como cabrón e incluso que tenía pacto con el demonio. Nada de eso, y algo mucho mejor a la vez: se había hecho mapuche, de los mismitos mapuches de los que renegaba en Chonchi y de los que había aprendido el idioma que le granjeó una nueva vida entre la descendencia de Mangil Wenu. Supondrás lo que le costó a Nicolás volver a Chonchi. Como era de esperarse, sin embargo, Hernández volvió, pero no dejó de ser mapuche. Desde entonces se fue al monte, y todavía vive allí por los contornos

del Huillinco en una ruca a la que sólo él sabe llegar. Cría su ganado, tala su monte, cultiva sus papas, toma prestado de vez en cuando lo que necesita de sus vecinos y es feliz hablando consigo la lengua de mis abuelos.

Yo, que no había nacido ayer, le repliqué con dos casos que conocía bien y que tengo publicados en un librito modesto, pero destinado a la fama. Don Manuel, le dije, pero ese caso se parece mucho al de José Antonio Meripillan, que ahora mismo vive en la montaña de Queilen, sólo en las honduras del monte, cazando furtivamente lo que su dios le ofrece, y hablando quizá la lengua de tus abuelos. Y también se parece al otro caso del chileno que se llamaba Manuel Descurioso, que en vez de irse al monte se fue a las playas de Alao, a vivir en su locura, la soledad y quizá a aprender la lengua de tus abuelos por boca de los cahueles.

¡Calla, bruto! Me dijo don Manuel, y tuve que contenerme para no seguir contando los detalles sabrosos de la prisión de Descurioso, o las batidas contra el «indio salvaje» Meripillan. ¿Acaso no entiendes el viaje de Nicolás Hernández? Te voy a contar otro caso, aunque los haré rápido, para que entiendas si puedes. En los años que Nicolás Hernández volvió a Chiloé yo era un señor menos arrugado que ahora, pero con más respeto del vecindario. Creo que por entonces venía volviendo de mis negocios en las pampas trasandinas, donde me quedé algún tiempo enamorado de una cacica que mandaba con deleite de todo el país. A los meses de mi regreso, y a los meses de conocer a Hernández y de compartir con él nuestras experiencias, me llegó una carta, firmada por don Antonio Huichapai. La carta venía con una larga lista de firmantes, todos de la isla de Tac, pidiéndome que asumiera nuevamente el cargo de Procurador General de los Indios que alguna vez tuve y desempeñé con alegría. A Huichapai no lo veía hacía años, y casi ya me olvidaba de aquella distinción que tuve en mi juventud. Me embelesé, por lo mismo, con los recuerdos y me olvidé de Huichapai, de los firmantes de Tac y de las necesidades de mis paisanos. El tiempo pasó,

y casi me había olvidado del asunto cuando vi a Huichapai esperándome a la entrada de mi casa. Luego de los saludos me dijo: don Manuel, estamos agotados y necesitamos de usted. Los más viejos nos acordamos de cómo peleamos y les ganamos a los españoles en los tribunales durante los últimos años del Rey, pero los más jóvenes malamente nos creen y a duras penas se dejan convencer. ¿No nos dará Ud. una palabra de aliento, o al menos una idea?

¡La Ciudad de los Césares! ¡Fue a pedirle ayuda a los Césares!, lo interrumpí con entusiasmo, sabiendo que la historia tomaría ese rumbo. Pero por no darme el gusto, y de seguro trastocando la Historia reciente, siguió por un camino diverso. Apenas mirándome con cierto desprecio, afirmó que no habían Césares ni brujos voladores en este caso. Aunque sí machis a secas, como lo era el amigo Huichapai.

Sólo pude dar un breve discurso, afirmó Pechuam. Lo que pude decirle fue que éramos ciudadanos chilenos, a pesar de que no fuéramos chilenos. Y después, que éramos indios, aunque tampoco lo fuéramos. Que había que organizarse, pero con sigilo y cuidado. Que había que ocupar el lugar de los españoles. Y que no podíamos perdernos. Pero Huichapai se perdió, susurró Pechuam. Todos nos perdimos, y aquí estamos contándole historias a extraños mientras en Castro acaban de fusilar a uno de mis primos lejanos. ¿Has entendido?

Aquellas narraciones me tuvieron ocupado por largo tiempo, tanto tiempo como el necesario para recorrer de ida y de vuelta, en el vapor Chiloé, el itinerario desde Ancud a Valparaíso, con paradas intermedias. Lo veo como si hubiera sido ayer: estoy en la cubierta del vapor, miro la isla Mocha, una ballena corcovea a cierta distancia y yo, abstraído, recibo un mensaje de Pechuam. Un mensaje del futuro-pasado. Un mensaje de aquella mañana a las 11:15 cuando le escuché hablar de Hernández y de Huichapai ¡Eso era la telepatía del mundo-

mar-ínsula-madera! El mensaje, para abultar el caso, me habla de lo mismo, de cómo la pérdida de costumbres amenazaba una sabiduría esencial, la sabiduría que el anciano de Rauco guardaba con celo como emblema de su raza y de su mundo primitivo.

Olvidando mis obligaciones como visitador de las escuelas públicas, no bien puse un pie en Chiloé, enrumbé a la casa de don Manuel, ansioso por escuchar sus enseñanzas. En el lindero del bosque, un sobrino suyo trozaba leña. A mis señas interrumpió su faena con cierto desgano y se internó en el monte. Solo, me dirigí a la casa de madera donde vivía don Manuel. Se imaginarán mi sorpresa cuando descubrí que la casa estaba deshabitada, y con muestras de no haber sido ocupada en años. Desorientado, salí, deambulé y hablé con cuanta gente me crucé. Ninguno me pudo dar indicaciones precisas de dónde se encontraba don Manuel, así que tuve que partir de la provincia con las manos vacías, pero con esperanzas.

Volví a Chiloé a los años, nuevamente en comisión de servicio para el Supremo Gobierno. Y llegué a Rauco sin buscarlo, para entrevistarme con un preceptor que había desertado de su escuela, no sin antes haber cobrado por adelantado el sueldo del año. En la casa que servía de almacén, junto al muelle destartado, estaba don Manuel, muy ufano, contándole su vida a los parroquianos. Alcancé a escuchar algo sobre las propiedades en la Isla Grande, sobre el monumental robo que había sufrido su raza, sobre algún maldito Andrade, o Bahamondes, o Velázquez. Alguno de la concurrencia me reconoció, y entonces don Manuel, dándose vuelta, se quedó mudo como si los ratones le hubieran comido la lengua. Y de verdad me costó hacerme invitar a su casa, lograr que me invitara a cenar, y más todavía, que me cediera un catre cerca de una moderna cocina a leña, para pasar la noche. A la mañana siguiente escuché estas historias que ahora les cuento, y que se las escuché al aborigen Pechuam con mis propias orejas el día seis de agosto de 1904, a las 11:15.

Tercera y quizá cuarta historia de don Manuel Pechuam

En Valparaíso vive todavía don Domingo Coigüín, seguro que tú no lo conoces. Nació cerca de Yaldad, vivió un tiempo en Rauco, otro tiempo en Ancud, otro tiempo en Puerto Montt, otro tiempo en Santiago, y al final en Valparaíso. Seguro no lo conoces. Esta historia en verdad es de don Domingo, pero como es mi primo, es como si fuera mía. Así partió diciéndome el aborigen Pechuam, con un abierto rechazo a la individualidad de la persona, o en abierto reconocimiento del comunitarismo del mundo-mar-ínsula-madera. Y a mí me pareció escuchar un movimiento interno de la tierra, o el crepitar de un volcán en la cordillera, todo lo que ciertamente daba fuerza a las palabras del aborigen y ponía en evidencia la conexión íntima y esencial entre aquella raza que se extingue y la tierra que los ha cobijado ancestralmente.

Por estar pensando estas cosas, sin embargo, me perdí las primeras palabras del relato de don Manuel. Y en ese entonces Domingo Coigüín, el protagonista, jugaba palin en las calles de Ancud, y era tomado preso por la guardia municipal a pesar de sus tiernos 14 años. Nuevamente, sentí el crepitar de los volcanes, quizá del Michimawida, quizá del Yates, Calbuco, Osorno o Corcovado. En mi cabeza se entrecruzaban las antiguas crónicas españolas, los relatos de juegos de palín mágicos, rituales, en los cuales se decidían cuestiones fundamentales para la raza aborigen. Juegos de palín con los cuerpos embadurnados en sangre, los rostros furiosos de los pillanes que poseen a los jugadores, los seres mágicos del universo araucano y la sabiduría eterna de aquella raza ancestral.

Así fue como Domingo Coigüín conoció la cárcel, por vez primera, me dijo Manuel, y bastaron esas palabras para que se me arrebatara el pensamiento. Creí, y creo ahora, que me abstraí de la narración por influjo de algún mensaje telepático, y llegué a pensar que era un mensaje negativo de algún vecino de

don Manuel que quería privarme de escuchar y aprender de su conversación. Dominándome, me propuse concentrarme en cada palabra que dijera el aborigen.

La historia de Domingo Coigüín era, la verdad, un poco aburrida. Un joven estudioso, un técnico de la Escuela de Artes y Oficios, un mecánico del vapor que todavía hoy hace la carrera entre Valparaíso y Punta Arenas, con intermedios. Algo de fortuna, y luego una propiedad en cierto cerro porteño, acompañado de un teatro de nombre Politeama, en el que todavía se proyectan películas, y al que creo haber asistido más de una vez en mi vida. Ese era Domingo Coigüín.

Como viera mi cara de aburrimiento, y quizá mis bostezos, decidió contarme un caso que le había pasado a Domingo, cuando todavía navegaba entre Valparaíso y Punta Arenas. Cuando comenzó a contarme la historia, como sin advertir lo que hacía, comenzó a plegar un trozo de periódico y a formar cuidadosamente un barco de papel. Porque la historia que me contaría era, precisamente, sobre embarcaciones que parecían de papel, por lo frágiles.

Un día de primavera le tocó a Domingo Coigüín embarcarse en Valparaíso, rumbo al sur. No era una embarcación de pasajeros, sino una de carga. El vapor venía cruzando el Pacífico, desde Filipinas, y tenía una tripulación variopinta: el capitán mexicano, los demás de Guayaquil y Manila. En Valparaíso sólo se sumaron él, como mecánico, y un cocinero que dijo ser oriundo de Rancagua. Y esa voz me retumbó como un eco de alguien que hubiera dicho la palabra «Independencia». Zarparon sin novedad, pero al cruzar frente a Constitución, hubo un problema serio con la caldera. El tiempo era bueno, así que todos desembarcaron menos los mecánicos, que estuvieron algunos días trabajando bajo cubierta. Mientras tanto, los filipinos se habían bebido todo el vino que encontraron en Constitución, y habían causado algunas peleas, una de ellas a cuchillazos, con saldo de un chileno muerto

y un filipino preso, que quizá sería fusilado. Reanudaron la navegación, y quizá por efecto de la resaca y las dificultades idiomáticas, los ánimos comenzaron a caldearse entre los filipinos y el capitán mexicano. Salieron a relucir cuestiones de política: por la reciente guerra, y porque para los filipinos el capitán era tan español como el que más. Y así mismo salieron a relucir cuestiones culinarias: para los filipinos el cocinero también era español, y cocinaba unas porquerías incomibles, según decía el mismo Domingo Coigüín.

No se detuvieron hasta Puerto Montt, donde entregaron parte de la mercadería que llevaban y cargaron carbón, madera y harina destinada a Punta Arenas. No se le permitió a ningún tripulante descender a tierra, lo que puso en peor pie las relaciones al interior del vapor. Domingo Coigüín trataba de mediar entre los filipinos, el capitán mexicano y el desdichado cocinero rancagüino, pero no lograba hacerse entender por ninguno. Sólo la gente de Guayaquil parecía congeniar con Domingo, y por fuerza de jugar naipes. Temía lo peor. Quizá por eso suspiró cuando dejó atrás el golfo de Corcovado y cuando logró divisar una luz que imaginó como el fogón de su familia en el estero Yaldad. Con los ojos cerrados alcanzó a escuchar la voz de sus hermanas contando algún caso, olió las papas asadas y salvó por un caldo de mariscos, hirviendo.

Entraron a las islas de los chonos con un temporal, que por porfía del capitán no capearon en las Guaitecas. Los trastes de la cocina, por no estar asegurados, terminaron todos volteados y en los lugares más inverosímiles. El cocinero reclamaba, enojado, que los filipinos le habían hecho una brujería. El capitán rumiaba castigos para los filipinos, y los filipinos, en cambio, afilaban sus cuchillos. Apenas se calmó la tempestad, un poco más al sur del estero del Aysén, los filipinos se amotinaron. No le dieron tiempo a nadie de reaccionar. En quince minutos las tripas del capitán mexicano bañaban la cubierta del vapor. En veinte

minutos el cocinero rancagüino era obligado a engullir cinco kilos de papas crudas, para luego ser lanzado al mar. Domingo Coigüín y los guayaquileños se escondieron donde pudieron, y así escucharon los martirios y lo que les pareció que eran las discusiones airadas sobre sus destinos, más o menos desgraciados. En Tangbac los abandonaron con un hacha, un mechero, todas las papas que habían a bordo y las pertenencias de cada quien, que no pasaban de algo de ropa, alguna carta y algún libro.

Don Manuel hizo silencio, quizá por los muertos. Y en el ínterin, estoy seguro de haberlo visto sacar de su chaqueta aquel barco de papel que había hecho, aunque sigilosamente y con su mano izquierda. Estoy seguro, además, de haberlo visto murmurar algunas palabras, y sobre todo, de haberlo visto tirar aquella embarcación de papel al fuego, como quien hecha una basura para que se consuma. En cierto sentido, en el sentido verdadero, aquel barco de papel que quemó frente a mis ojos llorosos, por el humo, era la causa de la desgracia que me estaba contando, del motín de los filipinos, y de la muerte de aquel pobre cocinero rancagüino y de aquel pobre capitán mexicano. Qué decir de los guayaquileños que quedaron abandonados en Tangbac, tiempo atrás, y que Domingo Coigüín logró llevar hasta Quellón en una dalcá que labró con un hacha. Nada de esto hubiera sucedido si don Manuel no hubiera quemado el barco de papel. Lo maldije brevemente, pensando en la crueldad de la que es capaz esta raza ancestral, pero tuve que abortar esos pensamientos cuando el aborígen retomó la historia de Domingo Coigüín, abandonado en Tangbac durante la primavera de algún año pasado.

La gente de Guayaquil maldecía su suerte y lloraba, pensando que morirían de frío, hambre, canibalismo o alguna otra cosa. Domingo Coigüín, en cambio, hizo memoria de todos sus familiares que habían sido guaitequeros. En una semana ya vivían más bien que mal, recogiendo marisco, asando papas y comiendo manzanas y apio silvestre.

Según don Manuel, incluso engordaron: comían más y mejor que cuando estaban embarcados. Sólo les perturbaba el sueño, aunque levemente, ciertos ruidos nocturnos, como caballos desbocados, al galope. No pasó más de un mes antes de que Domingo labrara algunas tablas, las cosiera y tuviera listas para navegar dos dalcas veleras. Con ellas, según don Manuel Pechuam, Coigüín y los guayaquileños navegaron primero hasta el estero del Aysén, donde vivían unos parientes de Domingo. Al tiempo, y entusiasmados con volver al norte, navegaron hasta Quellón y luego hasta el puerto de Ancud, donde tuvieron que esperar un mes a que llegara el vapor del norte, que había encallado por el Maule. Según Manuel Pechuam, la gente de Guayaquil quería llevarse a su país las dalcas en las que habían navegado por las islas de los chonos. Domingo Coigüín, en cambio, que soñó antes de la catástrofe con un fogón en Yaldad, exclamó al ver el faro Corona, «en Valparaíso me casaré con una chilena y dejaré numerosa descendencia». Remató su presagio con un padre nuestro en mapudungun.

Preguntándole cómo sabía todo esto, y si acaso era por telepatía o por conexiones esenciales con la madre tierra, me respondió sonriéndose que todo lo supo por boca de Domingo, una tarde que pasó con él en su casa de Valparaíso. La historia la habían escuchado los tres hijos de Domingo, mientras atizaban el fuego de una parrillada y su esposa, chilena, les ofrecía pequeños y ponche en culén.

Esta, me parece, fue la última vez que vi de cuerpo presente a don Manuel Pechuam. Cuando es de noche en Santiago, el verano no me deja dormir y reviso mis apuntes y biblioteca, recuerdo la historia fabulosa de Domingo Coigüín. Es entonces que me imagino que soy el hacha con que labró aquellas tablas y aquellas dalcas. O mejor, que soy las piedras del curanto en las playas de Tangbac y el barco de papel que ardió en el fogón de Pechuam. Quinta historia de don Manuel Pechuam, que soy yo en una vida pasada

Retomo esta narración científica en la quinta historia de don Manuel Pechuam, por haber recibido telepáticamente un mensaje de aquel aborigen. Dios nos libre de trabajos y fastidios, y nos provea el sustento sin más esfuerzo que desearlo. El mensaje del que les hablo da para mucho más que una quinta historia, pero es sabido que la moderación guió a Pericles y a Fidias. Yo no quiero ser menos, ni por mi apellido König, ni por las transformaciones que he experimentado y que me tienen al borde de descubrir que mi genealogía es, en suma, el compendio de todos los linajes del mar-ínsula-madera. Vamos al grano. Miré mis apuntes de la década de 1880 hace algunas noches. El verano que se acaba todavía me perturbaba el sueño. Al cerrar mis ojos, con la libreta entre mis dedos, se me apareció mi abuelo, como una visión, siendo al mismo tiempo el aborigen don Manuel Pechuam. Estaba, precisamente, en el teatro Politeama de Valparaíso. Conversaba con alguien, que me pareció ser yo mismo, sobre una borrachera acontecida en Quellón, allá por el 1883. El gobernador de Castro había cursado una orden de arresto contra el subdelegado marítimo, Guillermo Low, pero como no tenía personal para correo, tuvo que confiar la comunicación a un lanchero de apellido Llancalahuen. No sé con claridad si Llancalahuén vendió el papel a Low, que debía haber dado al único policía de aquella zona, o si Low se la arrebató luego de toda una noche de libaciones. El caso [...]

NOTA: El manuscrito se interrumpe abruptamente en este punto.

Esta revista fue creada en conmemoración del
Día de los Patrimonios Culturales 2023.
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio,
Gobierno de Chile.

Se terminó de imprimir en Mayo de 2023,
en los talleres gráficos de **Imprenta Montaris**
en Valdivia, Región de los Ríos, Chile.

Los textos estan compuestos con las fuentes tipográficas
Dejanire Headline de Ramiro Espinoza (Retype)
y **Muli de Vernon Adams (Google).**

Fue diseño con el software **InDesign** de Suite Adobe cc.

El papel que tienes en tus manos corresponde a
Bond 80gr (al interior) y **Couché 170gr** (portada/contraportada).

Diseño a cargo de Araceli Ortiz Rubio.



